

**EL CONDE EBERHARD EL LLORÓN (1853) Y EL SALTO DE LOS AMANTES
(1883): EL ITINERARIO ALEMANIA-FRANCIA-ESPAÑA EN LA LEYENDA
MEDIEVAL-ROMÁNTICA¹**

**COUNT EBERHARD THE CRYING (1853) AND THE LOVERS' JUMP (1883):
THE GERMANY-FRANCE-SPAIN ITINERARY IN THE MEDIEVAL-ROMANTIC
LEGEND²**

JOSÉ MANUEL PEDROSA
Universidad de Alcalá

Resumen:

Varias leyendas publicadas en la prensa española del siglo XIX son traducciones o adaptaciones de leyendas publicadas en libros y en periódicos franceses, que a su vez son traducciones de leyendas alemanas. Las fuentes remiten a personajes y acontecimientos de la Edad Media, aunque reinterpretados primero en el Renacimiento y después en la época romántica. Se analizan además algunas de sus versiones iconográficas.

Palabras clave: leyenda, Edad Media, Romanticismo, oralidad, Friedrich Schiller, Alexandre Dumas, traducción, pintura romántica.

Abstract:

Several legends published in the 19th century Spanish press are translations or adaptations of legends published in books and French newspapers, which in turn are translations of German legends. The sources refer to characters and events from the Middle Ages, although they were reinterpreted first in the Renaissance and later in the Romantic period. Some of their iconographic versions are also analysed.

Key words: Legend, Middle Ages, Romanticism, orality, Friedrich Schiller, Alexandre Dumas, translation, romantic painting.

1. LA LEYENDA DECIMONÓNICA, SUCEDÁNEO DE LA HISTORIA MEDIEVAL

La deuda de la leyenda histórica (o más bien seudohistórica) española del siglo XIX con la leyenda alemana del romanticismo, y el papel de puente que jugaron,

¹ Universidad de Alcalá. Correo-e: jmpedrosa2000@yahoo.es. Recibido : 10-09-2019. Aceptado : 04-10-2019

² Agradezco su ayuda a Dolores Thion y José Luis Garrosa.

entre ambos polos, las letras francesas, han sido explorados mucho menos de lo que la fortaleza y la operatividad de tales vínculos permitirían³. Es llamativo que en el siglo XIX se volvieran a abrir algunas de las vías de contacto e influencia que don Ramón Menéndez Pidal (y después de él Samuel G. Armistead, fundamentalmente) defendieron, en páginas que levantaron polémica, que habían ligado los modelos germánicos (pasados a veces por el tamiz francés) con una parte sustancial de la literatura heroica que fue producida y estuvo en circulación en la España medieval⁴.

Pese a las diferencias de época, género, transmisión y estilo, conviene no perder de vista el precedente medieval que exploraron Menéndez Pidal y Armistead (fundamentalmente), antes de abordar la cuestión de la reapertura de los contactos y trasvases en el XIX. Estos vínculos decimonónicos fueron, por lo demás, de ida y vuelta, porque los románticos y posrománticos alemanes no dejaron de sentirse fascinados también y de leer, traducir, glosar y dejarse impregnar por las epopeyas, romances y canciones de la España medieval y renacentista⁵.

Conviene partir de alguna preliminar aclaración de conceptos. La *leyenda* publicada en la prensa decimonónica (española y europea) puede ser definida como un género con perfil específico, diferenciado de otras formas de relato y de otras formas incluso de *leyenda*: se trata de una narración breve (aunque no dejó de haber *leyendas* extensas, en la órbita del folletín o novela por entregas) con pretensiones (o con fantasías, más bien) historicistas o seudohistoricistas; publicada como narración exenta o interpolada dentro de marcos más complejos, en especial en libros de viajes; localizada en tiempos antiguos (medievales muchas veces, aunque no siempre); de producción, transmisión y recepción básicamente letradas, librescas, aunque las tramas estuvieran compuestas por motivos e incluso por tipos narrativos que en su raíz fueron orales y folclóricos; y de ingredientes en que se mezclaban lo caballeresco, lo fantástico, lo sobrenatural, lo horroroso, lo amoroso, lo mágico-religioso-milagroso, con las intrigas de familia y honor, venganzas, destierros y penitencias; solía proyectar, además, un claro mensaje moral que premiaba la virtud y castigaba el pecado, al margen de que el final fuese feliz o de que fuese (las más de las veces) desdichado e incluso trágico, con derivas no pocas veces lacrimógenas.

Un cóctel, en definitiva, colorido, tumultuoso y apetecible, de composición y recursos más o menos parecidos a los que tuvieron los libros de caballerías en el XVI o muchos *best-sellers* y series de éxito de hoy.

Creo preferible, y seguimos con ello en el terreno de la advertencia preliminar, la etiqueta de "*leyenda* escrita" frente a la muy en uso de "*leyenda* literaria", por cuanto

³ Obras de referencia para el estudio de la narrativa breve en general del siglo XIX, en especial del cuento y la leyenda con ingredientes fantásticos y escenario medieval, importados específicamente de Francia y Alemania, son Roas (2000 y 2002); Sanmartín Bastida (2002); Rodríguez Gutiérrez, (2004); y Giné y Palacios (2005). Ténganse en cuenta también Juretschke (1978 y 1982); Escobar (1989); González García-Carrascal (1999); y García Wistädt (2003).

⁴ Menéndez Pidal (1956); y Armistead, Silverman y Katz (2006).

⁵ Véase al respecto Menéndez Pidal (1973: vol. I, cap. II) "Poesía popular y poesía tradicional", 11-57, y sobre todo el epígrafe 3º: "El romanticismo de Grimm a Hegel"; y además, Beltran (2016).

considero que todas las *leyendas*, independientemente de si su cauce esencial es el oral-folclórico o el escrito-letrado-libresco, tienen la misma legitimidad literaria. La fácil y engañosa dicotomía, que muchos críticos asumen, de relato oral frente a relato literario me parece más pleonástica y menos precisa que la dicotomía de relato esencialmente oral frente a relato esencialmente escrito. Es posible que no haya, en cualquier caso, nomenclatura que sea perfecta para todos los casos y en cualquier circunstancia.

Aprovecharé para señalar, de paso, que la frescura, la naturalidad, la apertura al símbolo y la metáfora, la economía y la depuración de los medios poéticos que en general caracterizan a la leyenda de tradición oral no suelen apreciarse en las por lo general más prosaicas, monocordes, tópicas, adocenadas (con excepciones como las de Bécquer, claro) leyendas publicadas en letras de molde en el siglo XIX. Está todavía muy asentada en el olimpo académico la opinión de que la literatura oral (tenido por muchos como elemental, sencilla, rústica o localista, fuera del canon) está situada en plano de inferioridad y servidumbre con respecto a la literatura escrita (que muchos tienen por más compleja, elaborada, sofisticada, cosmopolita, canónica). El caso es que cualquier comparación entre la fluida, sincera, delicada *leyenda* oral y la *leyenda* impostada en el molde de la escritura, en particular si es *leyenda* publicada en fuentes letradas del siglo XIX, es casi seguro que desmentirá con vigor, y puede que hasta invierta clamorosamente, los términos de esa arrogante ecuación.

No es fácil abrirse paso en la vasta e irregular selva de las leyendas publicadas en la prensa decimonónica española, porque no pocos de los relatos breves que afloraron por miles son piezas híbridas, de aluvión, *collages* con partes inescrupulosamente tomadas de aquí y de allá, sin las firmas normalmente de los traductores ni de los adaptadores, cuyas técnicas eran, para más inri, muy deficientes. Son pastiches, en su inmensa mayoría, de no demasiadas trascendencia ni originalidad y que no han dejado demasiada huella en los anales de la historiografía ni, menos aún, del buen gusto literario. Lo más sobrio que de muchas de ellas se puede decir es que son hijas de plagios entre adaptadores y periódicos, dentro del mismo país o entre países y lenguas diferentes. Encontraremos, en los textos que convocaremos, constatación lapidaria de todos estos vicios.

La identificación y el análisis de sus conexiones no son sencillos: si difícil es buscar hilos cruzados entre dos países y dos narrativas en lenguas diferentes, mayor complicación es pretender relacionar tres; o más, porque otras estaciones de tránsito, como la británica, no dejaron de estar también operativas, según podremos apreciar. En realidad, la leyenda decimonónica se extendió, circuló, se replicó (a través de la prensa sobre todo) en forma de malla por todo el mapa de Europa, y su consideración de conjunto sigue siendo una asignatura que está pendiente de resolución. Es esa una laguna lamentable, que impide por un lado entender el repertorio de las leyendas de cada nación por separado, y que obstaculiza, por el otro lado, alcanzar una visión de conjunto de un repertorio no solo literario, sino también cultural y hasta ideológico que contribuyó como pocos a definir las actitudes hacia el pasado y la construcción de las identidades de las naciones de la Europa moderna. En un tiempo, el del romanticismo y el de la crisis posromántica, que fue muy decisivo para su configuración.

Algo que, en fin, viene a complicar el análisis y al mismo tiempo a enriquecer la percepción de este intrincado panorama es que no pocas de estas *leyendas* estaban en relación con representaciones icónicas (pinturas, esculturas, grabados, estampas...) con las que compartían personajes y argumentos. Las páginas que seguirán aportarán varios y muy significativos ejemplos de esta fuerte implicación dentro del complejo narrativo de la iconografía, lo cual fue casi seña de identidad de la estética romántica.

2. EBERHARD II DE WURTEMBERG, SU HIJO ULRICH Y SU ENEMIGO WOLF DE EBERSTEIN: LO QUE DECÍA (MÁS O MENOS) LA HISTORIA

Tres casos ejemplares de esa literatura (considero que son tres, aunque pertenezcan al mismo ciclo narrativo) se hallan encarnados en las leyendas que he etiquetado como *El conde Eberhard el Llorón*, *El salto del conde [Wolf de Eberstein]* y *El salto de los amantes*. Son títulos facticios, propuestos por mí porque los creo más precisos y significativos que otros que han sido inestablemente aplicados a estos relatos.

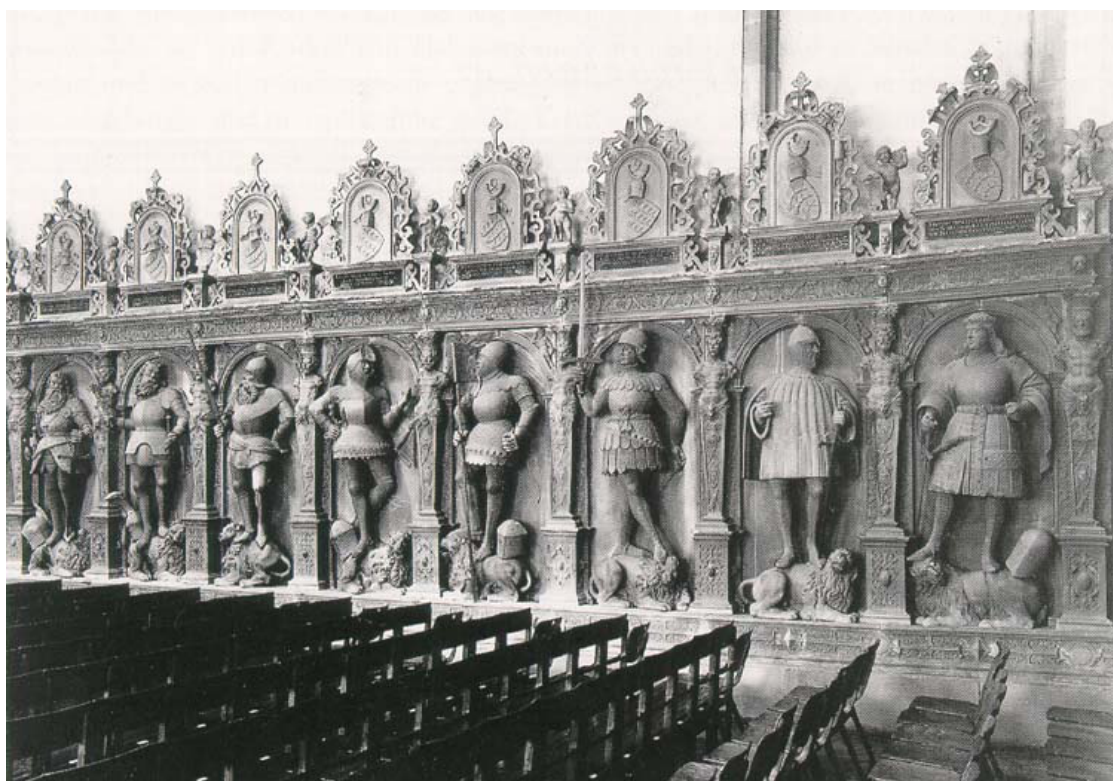
El primer título coincide además con el de la balada de Friedrich Schiller que fue uno de los hitos más reconocidos del ciclo. El título de *La balada del caballo* que se aplicó a la tercera leyenda me parece postizo y escasamente representativo. Las leyendas que irán pasando ante nuestros ojos aplicarán eventualmente al conde Eberhard los sobrenombres de El Lloroso, El Lacrimoso, El Pendenciero, El Graznador, El Gritador, El Peleón, el Batallador. En Alemania se le aplicó y aplica a veces el sobrenombre de *Rauschebart*, El de la Barba Ruda.

Ambientadas en una Alemania tópica y confusamente medieval y caballeresca, basadas en parte en crónicas antiguas (sobre todo en los *Annales Suevici sive Chronica rerum gestarum*, publicados en Fráncfort del Meno en 1595-1596 por Martin Crusius) que habrían sido desde muy temprano hinchadas y tergiversadas, y vistas a través de las lentes aún más deformadoras de la óptica romántica y de refundidores poco competentes, no es exagerado señalar que las leyendas traducidas al español entre 1853 y 1883 que vamos, en esencia, a analizar, son degradaciones evidentes de modelos franceses en primera instancia, y de alemanes en último término. En descargo de los relatos españoles, se puede aducir que gran parte de sus errores y anacronismos venían ya de sus deturpadas fuentes.

Si las leyendas españolas (como antes las alemanas y las francesas) alcanzaron a entretener algunos ratos de sus lectores decimonónicos, sería porque en sus intrigas se dieron cita el conflicto familiar, el heroico y (no en 1853 pero sí en 1883) el amoroso: una mezcla de efecto fácil sobre un público que no pedía otras innovaciones ni exquisiteces.

Eberhard (Everardo, traduce algún escrito español), II conde de Wurtemberg, fue un noble alemán nacido después de 1315 y muerto en 1392: uno de los personajes más significados de la historia del condado de Wurtemberg (1083-1495), que precedió al ducado (1495-1803), al electorado (1803-1806) y al reino (1806-1918). Eberhard II sucedió en 1344 a su padre Ulrich III, y hasta 1366 compartió el trono con su hermano Ulrich IV.

De Eberhard II existe una imagen majestuosa esculpida en la Stiftskirche de Stuttgart, ciudad que fue capital de los Wurtemberg.



Eberhard II fue un sujeto de carácter autoritario e irascible, que se pasó la vida enzarzado en inacabables conflictos, emboscadas y asedios contra sus vecinos. Fue vencido en la batalla de Reutlingen en 1377, pero se alzó con la victoria en la batalla de Döffingen (en la que murió su hijo Ulrich: Ulrico en alguna traducción al español) en 1388 y en otros escenarios. Tuvo dos hijos: el que iba a ser el heredero, Ulrich, quien antes de morir se había esposado con Isabel de Baviera (algunas leyendas llamarían Antonia a su esposa) y había tenido descendencia; y Sofía (a quien alguna leyenda romántica llamaría Lida), la cual se casaría con Juan de Lorena. El sucesor de Eberhard II fue su nieto Eberhard III, llamado Eberhard el Clemente, hijo de Ulrich, quien trajo al país una época de tranquilidad relativa.

Aunque algunas de las leyendas que vamos a conocer incurran en el anacronismo de atribuir a Eberhard II la victoria sobre los nobles de la llamada Liga de Schlegel (*Schlegel-Gesellschaft*), aquella batalla tuvo lugar en realidad en 1395, y quien salió victorioso de ella fue su nieto Eberhard III.

Entre los enemigos de Eberhard II y de los Wurtemberg en general destacó el muy guerrador conde Wolf de Eberstein (1340-1396). Algunas leyendas solapan o confunden su perfil, como apreciaremos, con el de Wolf de Wunnenstein, apodado a veces *Der Gleißende Wolf* o Wolf el Brillante o el Resplandeciente (1340-1413)⁶. El Wolf de Eberstein histórico se pasó la vida luchando con escaso rendimiento contra Eberhard, quien pretendía absorber su condado. Y no solo en el campo de la guerra, sino también en el de la diplomacia e incluso en el frente económico, puesto que no dejó de comprar, vender, recuperar y perder castillos y propiedades de acuerdo con los vaivenes que pautaban aquella guerra. El Wolf de Wunnenstein (algunas de nuestras leyendas le llaman Wonnenstein o El Lobo de Wannestein) histórico fue partícipe, por su parte, de la coalición que atacó a Eberhard en el balneario de Wildbach (1367), pero luego luchó al lado de Eberhard en la batalla de Döffingen (1388), para traicionarle y atacarle muy poco después.

Algunos de los enfrentamientos entre Eberhard y los dos Wolf fueron muy confusa y torticeramente rememorados en las leyendas que irán pasando ante nuestros ojos. Por algunas que conoceremos asoman y se confunden los perfiles de ambos. Otros acontecimientos, sobre todo los del ciclo del salto de Wolf de Eberstein (aunque alguna versión hubo que atribuyó el salto al otro Wolf) a caballo sobre el abismo, fueron, directamente, inventados; o mejor dicho, cortados y pegados a partir de otras leyendas.

3. UN CICLO DE TRES LEYENDAS: EL CONDE EBERHARD EL LLORÓN, EL SALTO DEL CONDE [WOLF DE EBERSTEIN] Y EL SALTO DE LOS AMANTES

En los tiempos de estos indómitos personajes (Eberhard II, Ulrich y los dos Wolf, en especial el de Eberstein), y luego tras sus respectivas muertes, debió de

⁶ Véase Ehmer (1991).

haber tradiciones orales que rememorarían sus hechos y que serían muy recicladas y alteradas (con la corrupción de motivos folclóricos y letrados consuetudinarios o tópicos) a lo largo de los siglos. El romanticismo alemán en primer lugar y, en su estela, el romanticismo europeo, prestaron no poca atención a algunas de tales leyendas.

Para poder entender más cabalmente los no siempre claros ni coherentes relatos en español que vamos a ir conociendo, convendrá acotar tres grandes series (*El conde Eberhard el Llorón*, *El salto del conde [Wolf de Eberstein]* y *El salto de los amantes*) dentro del ciclo temático de las leyendas románticas relativas a la guerra entre los Wurtemberg y los Eberstein.

La primera serie temática, la de *El conde Eberhard el Llorón*, algo más fiel a los relatos antiguos, desarrolló las escenas de

- [I] cierta emboscada (que la historia da por sucedida en 1367) que Wolf de Eberstein y sus aliados tendieron (algunas leyendas hacen partícipe de ella también a Wolf de Wunnenstein) a Eberhard mientras se hallaba tomando las aguas en el balneario de Wildbad. El viejo conde pudo escapar por la noche, auxiliado por un pastor que se convirtió en auxiliar y guía providencial, regresar a su capital y preparar una campaña durísima y victoriosa contra sus enemigos;
- [II] la victoria de Eberhard II contra los nobles de la liga de Schlegel, en la batalla de Heimsen, presentada en las leyendas como réplica del cerco de Wildbad. Un anacronismo muy grave porque, como he advertido, la batalla de Heimsen (1395) acaeció en realidad mucho después del cerco de Wildbad (1367), durante el reinado ya de su nieto Eberhard III;
- [III] el reproche que Eberhard hizo a su hijo Ulrich, cuya valentía no pudo evitar la derrota en la batalla de Reutlingen (1377); a su regreso, la leyenda dice que Ulrich fue recibido por su padre en el comedor del castillo, y que Eberhard cortó el trozo del mantel que correspondía a su hijo, para subrayar su repudio;
- [IV] el duelo de Eberhard ante el cadáver de su hijo, muerto heroicamente en la batalla de Döffingen (1388).

La segunda serie temática, la de *El salto del conde [Wolf de Eberstein]*, hunde sus raíces en la geografía legendaria de Wurtemberg, en la que hay un macizo rocoso, tradicionalmente conocido como *Grafensprung (El salto del conde)*, a cuyo pie discurre el río Murg:

- [V] la versión más común de esa serie dice que, huyendo en cierta ocasión un conde (que a veces es identificado con Wolf) de los soldados de Wurtemberg, fue capaz de saltar sobre el abismo y de escapar a lomos de su caballo; es leyenda de raíz folclórica, con paralelos muy variables (encarnados en otros personajes legendarios) en muchas otras topografías arriscadas del mundo;
- [VI] hay una rama minoritaria de versiones que mezcla el motivo del salto con cierta intriga amorosa: afirma que el padre de una joven noble impuso la

prueba de saltar sobre el abismo a quien pretendiese casarse con ella, y que fue un conde el que protagonizó aquella gesta.

La tercera serie temática es la de la leyenda de *El salto de los amantes*, tardía y disparatada. No fue inventado del todo, pero sí fue muy desarrollada y exagerada, a partir seguramente de la leyenda folclórica de *El salto del conde [Wolf de Eberstein]*, por el mediocre escritor francés Xavier Boniface de Saintine, en un relato de 1861. Esta rama de narraciones incurre en el dislate de afirmar que Ulrich y Wolf fueron amigos de toda la vida, y de que el enfrentamiento entre los Wurtemberg y los Eberstein tuvo como detonante un sobrevenido asunto de faldas. Se pueden distinguir en esta serie varios episodios:

- [VII] Eberhard no quiere entregar a su hija (a la que la leyenda da el nombre erróneo de Lida) en matrimonio a Wolf, tal y como habían pactado el pretendiente y Ulrich antes de que este muriese; ni siquiera la aparición espectral de Ulrich, para apoyar las pretensiones de su amigo, logra cambiar el designio del obcecado padre;
- [VIII] el despechado Wolf comienza por ello su guerra contra Eberhard y, auxiliado por un caballo de dotes prodigiosas, que desaparece, reaparece y acaba cobrando relieve protagonista, rapta a la muchacha en la mañana en que estaba dispuesto el casamiento con otro;
- [IX] la joven, el pretendiente y el caballo huyen de los soldados de Eberhard. Pero mueren los tres cuando hacen el intento de saltar sobre el abismo infranqueable;
- [X] el relato termina, una vez más, con las lágrimas del testarudo Eberhard, apodado ahora con mayor justicia el Llorón, culpable al final de las muertes de sus dos hijos.

Las hebras que atraviesan y conectan estas tres series temáticas son no solo las de los personajes compartidos, sino, sobre todo, la de un pecado que fue reprobado por muchísimas ficciones del XIX: la obcecación autoritaria y destructiva del padre no solo para con sus vecinos, sino también para con los miembros de su propia familia, a los que no deja de humillar, reprimir y privar de la libertad, aunque ello le cueste, en cada ocasión, lágrimas de duelo y arrepentimiento.

Los testimonios literarios e iconográficos que he logrado reunir de la primera serie temática, la de *El conde Eberhard el Llorón*, son estos, en orden cronológico:

- [1] la balada de Friedrich Schiller *Der Graf Eberhard der Greiner von Württemberg (El conde Eberhard el Llorón de Wurtemberg, 1782)*; recrea solo el episodio del duelo del conde ante el cadáver de su hijo; no estará de más advertir de que Schiller tuvo sonados enfrentamientos con el despótico duque Carlos Eugenio de Wurtemberg, heredero muy lejano de Eberhard;
- [2]: la balada de Ludwig Uhland *Der Überfall im Wildbad (El ataque de Wildbad, 1815)*; recrea solo los episodios de la emboscada a Eberhard en el balneario

de Wildbad, su huida, su vuelta a casa y la reanudación de las hostilidades contra sus rivales;

- [3]: el cuadro de Ary Scheffer *Le Larmoyeur* o *Le Larmoyeur pleurant la mort de son fils* (*El Llorón*, o *El Llorón que se duele de la muerte de su hijo*, 1834); recrea el episodio del luto de Eberhard por su hijo;
- [4]: la leyenda *Le Comte Eberhard Barbe-rude. Légende de Souabe* (*El conde Eberhard Barba Ruda. Leyenda de Suabia*), seguramente de Auguste Louis Materne, que vio la luz en 1836; recrea los episodios de la emboscada del balneario, de la reanudación de las hostilidades contra los de Schlegel tras la huida del conde, del reproche del mantel que hizo Eberhard a su hijo, y del duelo sobre el cadáver de Ulrich. Es la fuente directa de la leyenda española de 1853;
- [5]: el cuadro de Ary Scheffer *Le Coupeur de nappe* (*El cortador del mantel*, 1851); recrea el episodio del reproche del mantel;
- [6]: la leyenda española *Dos cuadros y una balada* publicada en un periódico en 1853; declara como fuentes la balada de Uhland y los dos cuadros de Scheffer, pero eso no es cierto: es traducción abreviada, sin duda, de la leyenda de Materne. Recrea los mismos cuatro episodios de aquella;
- [7] y [8]: *La ballade du cheval* (1861) de Xavier Boniface de Saintine y su traducción casi literal, *La balada del caballo* publicada en la prensa española en 1883, que también forman parte de la serie temática tercera (la de *El salto de los amantes*), no dejan de mencionar con mucho apresuramiento, en sus prolegómenos, las escenas del reproche del conde y del duelo sobre el cadáver de su hijo.

Los testimonios que he reunido reunir de la segunda serie temática, la de *El salto del conde* [*Wolf de Eberstein*], son

- [9]: una versión publicada en francés por M. J.-A. Buchon en 1832;
- [10]: un poema publicado en 1836 por el poeta alemán August Kopisch, con el título de *Der Grafensprung bei Neu-Eberstein* (*El salto del conde en Neu-Eberstein*);
- [11]: una leyenda interpolada en francés por Alexandre Dumas (padre) en sus *Impressions de voyage. Excursions sur les bords du Rhin* (1841);
- [12]: una leyenda muy similar a la de Dumas, pero muy ampliada a base de excursos y adornos, que publicó en inglés el capitán Charles Knox en sus *Traditions of Western Germany* (1841);
- [13]: el cuadro de Jakob Götzenberger, *Der Grafensprung* (*El salto del conde* [*Wolf de Eberstein*], 1844);
- [14]: una versión publicada por Amédée Achard en 1858;

- [15, 16 y 17]: una versión publicada por François-Pierre-Ernest Capendu en el folletín *Le mât de fortune* (*El palo de la fortuna*, 1865), que fue traducida dos veces al español, en 1865 y 1866;
- [18 y 19]: una versión publicada por Léopold-Goswin Stapleaux en el folletín *Los compañeros de Themis*, que apareció en español en 1885 y 1886.
- Los testimonios reunidos de la tercera serie temática, la de *El salto de los amantes*, son:
- [20 y 21] *La ballade du cheval* (1861) de Saintine y su traducción española *La balada del caballo* (1883), que desarrollan prolijamente la trama de los amores contrariados de Lida (la hija de Eberhard) y Wolf, del rapto de Lida gracias al auxilio de un caballo prodigioso y de la muerte al intentar saltar sobre el abismo de los dos jóvenes enamorados y el caballo.

No estará de más advertir de que hubo más aristócratas que llevaron los nombres de Eberhard y de Ulrich de Wurtemberg. Algunos de esos parientes de los que nos interesan a nosotros acabarían convirtiéndose en héroes de ficciones novelescas de distinto signo, y algunas de ellas se mezclaron en algún momento con las de nuestros Eberhard y Ulrich. Ello añade dificultades, obviamente, a su seguimiento y sus deslindes. Así, no tienen nada que ver con los relatos que vamos a analizar la leyenda 308 (*Der ewige Jäger, El cazador condenado para la eternidad*) de la colección canónica de los hermanos Grimm (las *Deutsche Sagen, Leyendas alemanas*, 1816-1818), que está protagonizada por un conde Eberhard de Wurtemberg sin determinar, que se topa en sus correrías por el bosque con un cazador espectral; ni la leyenda 527 (*Ritter Ulrich, Dienstmann zu Wirtemberg, El caballero Ulrich, al servicio de Wirtemberg*), de la misma colección, que tiene por protagonista a un Ulrich paisano del nuestro, que se encuentra con una procesión de muertos y hasta comparte un banquete con ellos.

Un ejemplo, para que nos podamos hacer mejor idea: el *Museo de las familias* del 25 de diciembre de 1851, p. 280, publicó una leyenda, sin firma, acerca de un no especificado Eberhard de Wurtemberg y del amor que le tenían sus súbditos. Un análisis a primera vista podría concluir que se trataría de nuestro Eberhard II (enseguida conoceremos la significativa leyenda del pastor que le salvó la vida sacándole, cargado sobre sus espaldas, del sitiado balneario de Wildbad), o que podría tratarse de su nieto Eberhard III, el Clemente, que fue muy querido, se dijo, por su pueblo. Pero no: la leyenda pertenece al ciclo del conde Eberhard V (conocido como Eberhard *im Bart*, el Barbudo, 1445-1496) de las ramas de Wurtemberg-Urach y Wurtemberg-Stuttgart (a partir de 1495 sería duque de Wurtemberg-Teck). Hay todavía hoy, en los jardines del castillo de Stuttgart, una escultura conocida como *Der reichste Fürst* (*El más rico de los príncipes*) que representa al conde reclinado sobre el regazo de un campesino.

He aquí la versión española, de 1851, de la leyenda:

El más rico de los príncipes.

En Worms, en la sala imperial, se hallaban reunidos varios soberanos de Alemania, y cada uno de ellos se vanagloriaba de la ostensión de sus dominios y de la riqueza de sus tesoros.

—Soberbio es mi reino — decía el príncipe de Sajonia —, con su robusta población y sus montañas donde abundan las minas de plata.

—Ved — replicaba el elector del Rin —, ved mis dominios con sus espigas de oro en los valles, y sus ricos viñedos en las alturas.

—Yo — prosiguió Luis de Baviera — estoy orgulloso de las grandes ciudades y ricos conventos que tengo en mis estados.

—Pues yo — dijo Eberhard de Wurtemberg — ni tengo minas de plata, ni espigas de oro, ni grandes ciudades en mi reino, pero poseo un gran tesoro y consiste en que en lo más espeso de mis bosques puedo reposar sin miedo la cabeza en el seno de mis súbditos.

—Conde Eberhard — dijeron a la vez todos los príncipes —, vos sois el más rico de los soberanos.

Tampoco nos atañe mayormente el Ulrico de Wurtemberg que aparece ocasionalmente, y dentro de una trama muy diferente de la que analizamos, en el folletín *El tribunal secreto* (traducción de *Le tribunal secret*, 1846, de Clémence Robert), que se publicó por entregas en el *Diario de avisos de Madrid* entre el 29 de marzo y el 29 de mayo de 1848⁷.

4. DOS PINTURAS DE ARY SCHEFFER (EL CORTADOR DEL MANTEL, 1851, Y EBERHARD EL LLORÓN, 1834) Y UNA DE JAKOB GÖTZENBERGER (EL SALTO DEL CONDE [WOLF DE EBERSTEIN], 1844)

La mayoría de las versiones de las leyendas que vamos a analizar remiten a dos cuadros, ilustradores de dos episodios de la vida de Eberhard y Ulrich, que gozaron de cierta popularidad en su tiempo. Los dos salieron de la mano del pintor franco-neerlandés Ary Scheffer (1795-1858), tan apreciado antaño como hoy olvidado.

Le Larmoyeur o *Le Larmoyeur pleurant la mort de son fils*, que de ambas maneras es etiquetado en los catálogos, con su “tema sacado de los cuentos y baladas de Friedrich Schiller”, es un cuadro fechado en 1834. Posterior, de 1851, es *Le Coupeur de nappe*. Las dos obras originales de Scheffer se conservan hoy en el museo Boijmans Van Beuningen de Rotterdam⁸.

Es obligado añadir aquí la mención a una pintura al fresco de Jakob Götzenberger, *Der Grafensprung* (*El salto del conde [Wolf de Eberstein]*, 1844), que fue realizada y se halla expuesta hasta hoy en el llamado Trinkhalle o Pabellón de las Bebidas del jardín del balneario de Baden-Baden.

Según constataremos, la leyenda del salto a caballo sobre el abismo (de Wolf en solitario primero, y de Wolf y Lida juntos después) acabó siendo apéndice tardío y espurio del ciclo narrativo del condado de Wurtemberg. Es muy aleccionador que la pintura de 1844 muestre a Wolf solo y con gesto triunfante durante la epopeya del salto a caballo, mientras que el relato fantaseado por Saintine de 1861 (y en su estela la

⁷ La misma traducción apareció en libro. Véase Robert (1848).

⁸ Sobre esos dos cuadros, y sobre su autor, es muy relevante el artículo de Vitet (1858: 499-500).

traducción española de 1883) impone tres saltadores (Lida, Wolf, el caballo) y un final trágico⁹.



⁹ Acerca de esta pintura se critica en Demmin (1864: 74) que su perspectiva sea errónea, y que el tipo de armadura que viste el caballero sea propia del siglo XVI y no del XIV.



Conviene añadir que en el año 1835 el rey Guillermo I de Wurtemberg encargó al pintor especializado en pintura histórica Joseph Anton von Gegenbaur (1800-1876) que elaborase una serie de dieciséis grandes pinturas al fresco (la labor empezó en el mismo 1835 y culminaría en 1854) para decorar varias salas del Palacio Nuevo de Stuttgart. Tales pinturas ensalzaron victorias bélicas de varios de los condes de Wurtemberg, incluido nuestro Eberhard. Un precioso testimonio de Gustave Schwab, que pasó por allí al poco tiempo, desvela que la fuente inspiradora de Gegenbaur fue, una vez más, la balada de Uhland:

Por orden del rey, el pintor de historia Gegenbaur ha debido adornar cuatro habitaciones con temas sacados de la historia de Wurtemberg, sobre todo con escenas de la historia de Eberhard Rauschebart, Barba Ruda, a partir de Louis Uhland¹⁰.

El Palacio Nuevo de Stuttgart fue destruido por completo durante la Segunda Guerra Mundial, y con él desaparecieron los frescos de Gegenbaur. Se conservan, en cualquier caso, sus monumentales cartones, que han sido alguna vez expuestos en el Palacio, el cual fue reconstruido entre 1958 y 1964.

¹⁰ Traduzco de Schwab (1938: 28).



Merece la pena que prestemos atención, en fin, a un grabado de Carl Mayer y P. C. Geisler fechado en Nuremberg en 1844 que incluye, en su banda intermedia, dos imágenes que nos interesan: *Der Rauschebart in Wildbad* (*Barba Ruda en Wildbad*) y *Der Rauschebart nach der Schlacht bei Reutlingen* (*Barba Ruda tras la derrota de Reutlingen*), en el momento en que corta el mantel en el transcurso de la comida con su hijo. Las demás son escenas relativas a otros personajes y acontecimientos: *Herzog Ernst v. Schwaben* (*El duque Ernst contra los suabos*), *Die Weiber von Weinsberg* (*Las mujeres de Weinsberg*), *Herzog Ulrich in der Nebelhöhle* (*El señor Ulrich en la Cueva de la Niebla*), relativa a un conde que vivió entre 1487 y 1550, *Der schwäbische Bauernkrieg* (*La guerra de los campesinos de Suabia*) y *Götz v. Berlichingen in Heilbronn* (*Götz v. Berlichingen in Heilbronn*):

5. LA LEYENDA DE EL CONDE EBERHARD EN LA PRENSA ESPAÑOLA (1853)

En la revista madrileña *Museo de las familias: lecturas agradables e instructivas* del 25 de febrero de 1853, pp. 35-38, vio la luz una versión, bastante deslavazada, sin firma del traductor, de la leyenda que hemos etiquetado como *El conde Eberhard el Llorón*. El

epíteto El Lloroso con el que se califica en ella a Eberhard (la versión de 1883 le llamará, en cambio, El Lacrimoso) no tiene la fuerza, creo, del epíteto El Llorón, que prefiero.

El refundidor español de la leyenda afirma que sus fuentes de inspiración fueron la balada de Uhland y los dos cuadros de Scheffer. La primera afirmación es mentira, aunque la culpa sea no del español, sino del modelo francés que siguió. Porque, aunque las dos primeras secciones de las cuatro con que cuenta la leyenda en español coincidan con algunas escenas de la balada de *Der Überfall im Wildbad* de Uhland, la leyenda española es un plagio muy directo, abreviado, falto de aliento épico y con errores, de la leyenda *Le Comte Eberhard Barbe-rude. Légende de Souabe*, que el francés Auguste Louis Materne había firmado en 1836 y publicado en 1837. El cotejo con el texto de Materne, que haremos más adelante, arrojará evidencias concluyentes. Había sido Materne el que primero había mentido cuando dijo que su fuente había sido Uhland.

Puesto que es imposible que el mediocre traductor-adaptador español pudiera conocer la versión publicada en 1837 en un ignoto libro francés aparecido en provincias, hay que suponer que la leyenda de Materne sería copiada (y quién sabe si también abreviada y deturpada) y que andaría circulando por ahí en aquellos años. Dado que el *Museo de las familias* era revista muy inclinada al plagio, es muy posible que la leyenda española de 1853 hubiera visto la luz antes, bajo esa misma forma, en alguna otra publicación.

Aunque no mucho antes, porque el texto publicado en 1853 por el *Museo de las familias* iba ilustrado por los dos cuadros de Scheffer que acabamos de conocer, y uno de ellos, *El cortador de mantel*, estaba fechado en 1851. Ello es síntoma de la rápida fama europea del cuadro, cuyas copias, fotografías e imitaciones debieron de proliferar.

Esta es la transcripción, cuya acentuación y puntuación — y ortografía, en alguna palabra muy puntual — he regularizado según la norma académica actual, igual que he hecho con otros textos decimonónicos que reproduciré. Mantengo solo el “Stuttgard” que se lee en lugar de “Stuttgart”. La separación en partes es la que hay en la lección original:

Dos cuadros y una balada.

Los grabados que acompañan a este artículo son copia de dos cuadros del célebre pintor alemán Scheffer, y su asunto está tomado de una balada del famoso poeta de la misma nación, Uhland. El primero representa al conde Everardo de Wurtemberg, el indómito guerrador apellidado el Pendenciero, cortando en dos pedazos el mantel de su mesa por no partir la comida con su hijo Ulrico, batido en la batalla de Reutlingen; y el segundo al mismo conde Everardo, llorando a su hijo Ulrico, muerto en la batalla de Doffingen.

Como la literatura alemana es tan poco conocida en nuestro país, suponemos que agradecerá a los lectores del *Museo* un extracto de la balada de Uhland; esta relación rápida, concisa, sencilla y enérgica, en que el escritor desaparece para dejar a los hechos que refiere toda su fuerza y todo el interés, servirá para dar una idea de este género de composiciones tan populares en Alemania, y que tanta analogía guardan con nuestras antiguas leyendas.

El conde Everardo el Pendenciero (Rauschebart) [= Barba ruidosa o Ruda].

I. La sorpresa en Wildbad.

En uno de los hermosos días del estío, el conde Everardo el Lloroso, el anciano Rauschebart, salió de Stuttgart con unos cuantos jinetes sin casco ni armadura. No marchaba al combate, sino a rejuvenecerse en las aguas de Wildbad, y al paso visitó la abadía de Hirschau y probó el exquisito y fresco vino del convento.

En Wildbad hay una hermosa casa que tiene por muestra una brillante alabarda: allí se instaló el señor, y todos los días iba al manantial, en donde se complacía en bañar su cuerpo cubierto de cicatrices.

Un día el más joven de sus pajes llegó corriendo y le dijo:

—Por la entrada del valle viene un grupo de gente bien armada: el jefe lleva en su escudo una rosa de oro y un jabalí.

—Ya los conozco, hijo mío, son los Schlegel; dame mi ropa: no me es desconocido ese jabalí, es colérico y malo; tampoco me es extraña la rosa, y sé que tiene duras y punzantes espinas.

Apenas había concluido estas palabras, llegó un pastor casi sin aliento con la noticia de que por la parte baja del valle llegaba una banda o cuadrilla, cuyo jefe llevaba tres hachas, y una armadura que resplandecía como un relámpago.

—Es el señor de Wannenstein, llamado el Lobo Reluciente; dadme la capa: conozco esa armadura, y sé que las hachas cortan bien; ceñidme la espada: ese lobo está sediento de sangre. Es muy fácil sorprender en el baño a una joven para asustarla; pero cuando se pretende hacer lo mismo con un viejo caballero, se trata, si no de la vida, al menos de un crecido rescate.

Entonces el pobre pastor dijo:

—Señor, yo sé veredas desconocidas que no están ocupadas, y me encargo de ponerlos en seguridad.

El anciano conde le siguió, aunque no le agradaba la fuga. Treparon la escarpada montaña con la fuerza del calor, y el conde se detuvo extenuado por el cansancio y la fatiga; entonces el pastor se brindó a llevarle en sus hombros.

El Lloroso aceptó, diciendo para sí: “bueno es ser conducido de este modo por un hombre valiente: en el peligro es cuando se ve el corazón del pueblo, y he ahí por qué es necesario respetar su antiguo y buen derecho”.

De regreso a Stuttgart hizo acuñar una medalla en memoria de aquel suceso, dio muchas al fiel pastor, y envió también algunas por burla a los Schlegel; luego hizo cercar a Wildbad con buenos muros.

II. *Los tres reyes en Heimsen.*

¡Tres reyes en Heimsen! ¿Quién lo hubiera creído?... Eran los tres hermanos Schlegel, que se habían atrevido a tomar tan orgulloso título, y fraguaban un complot para sorprender al viejo Lloroso y restablecer la independencia de los caballeros; pero durante la noche llegó un ejército que puso cerco a la ciudad y no tardó en embestir al castillo.

Los Schlegel quisieron defenderse, mas por todas partes hacinaron paja y leña junto a las murallas y las prendieron fuego. Los habitantes del país acudieron con materias combustibles, y el incendio se había comunicado ya a los techos.

Pero había quedado libre una puerta y se oyó descorrer con suavidad los cerrojos. Los Schlegel pensaron en precipitarse como desesperados; pero no: salieron humildemente con toda su servidumbre, descubierta la cabeza.

—Muy bien venidos seáis —les dijo el conde—; os devuelvo vuestra visita del baño de Wildbad, y solo siento que no se halle también aquí el de Wannenstein.

—Tenemos ya tres reyes —dijo un aldeano—. Si pillamos el cuarto, ganaremos la partida.

III. *La batalla de Reutlingen.*

En Achalm, situado sobre un peñasco, habitaba cual águila altanera con todos sus caballeros el conde Ulrico, hijo del Lloroso. Sus correrías difundían el terror en derredor de Reutlingen, ciudad que debía sucumbir bien pronto. Pero he ahí que una noche los habitantes descienden al valle de Urach, ponen fuego a la población, se llevan los rebaños y dan muerte a los pastores.

Noticioso Ulrico de tan desagradable suceso, jura en su cólera el no dejar que vuelva a entrar uno solo en la ciudad. Los caballeros se reúnen junto a la capilla de San Leonardo, echan pie a tierra y forman un batallón erizado de picas.

Acuden los habitantes, pero como un ejército numeroso; ¿quién había de suponerles semejante fuerza? Los caballeros estrechan sus filas y se mantienen firmes como murallas; pero ábrense las puertas de Reutlingen, y un segundo ejército ataca al batallón por la espalda.

¡Qué combate! ¡Qué carnicería!... Los caballeros forman parapetos con cadáveres y su tropa queda reducida a muy corto número; el conde Ulrico está cubierto de sangre. Entonces montan en sus caballos y se abren paso hasta el castillo.

¡Qué dolor! ¡Qué desolación! Ulrico cae del caballo medio muerto; al día siguiente muchos escuderos fueron a reconocer a sus amos entre los muertos de Reutlingen, y los vieron colocados en la casa de la ciudad; luego los condujeron en carros al cementerio.

Gotz Weissenheim abría la marcha, etc., etc.

Cuando el conde Ulrico sanó de sus heridas, fue a Stuttgart sin apresurarse mucho. Encontró a su padre solo y comiendo, quien le recibió con tanta frialdad que ni un solo grito resonó en el espacioso salón.

Ulrico se sentó a la mesa enfrente de su padre con los ojos bajos, y le dieron vino y pescado. Entonces el anciano tomó un cuchillo, y sin decir una palabra, cortó el mantel en dos pedazos.

IV. La batalla de Döffingen.

En el campo del reposo de los muertos todo está habitualmente silencioso; no sucedió así en Döffingen, en cuyo cementerio resonaron todo el día los gritos de los combatientes y el choque de las armas. Los habitantes de la ciudad atacaron a los aldeanos, que se defendieron con lanzas y hoces.

El conde Everardo reunió varios caballeros para acudir en socorro de los suyos, cuando se le presentó un mensajero del señor de Wannestein, ofreciéndole los servicios de su amo.

—No los necesito —le contestó—, que guarde la medalla que le envié gratis en otro tiempo.

El conde Ulrico divisó bien pronto los batallones de las ciudades, y vio ondear las banderas de Reutlingen, Ulm y Augsburgo. Volvióse a abrir en su corazón la antigua llaga:

—¡Padre mío! —exclamó—. Voy a pagar mi deuda: no soy digno de comer en el mismo mantel que vos, pero al menos combatiré en el mismo campo de batalla.

Comienza la refriega, y el buen Ulrico arrolla y degüella cuanto se le pone por delante. ¿Pero qué es lo que llevan por allá abajo? La encina real que el rayo ha destruido. ¡Oh, Ulrico, valiente caballero! ¡Has sucumbido al filo de la espada!

El anciano conde, a quien nada altera, grita:

—¡No desmayéis, es un hombre como cualquier otro! ¡Avanzad, los enemigos huyen!

Los ciudadanos oyen su voz de trueno, vacilan y retroceden.

¿Pero qué es lo que se ve brillar allá arriba? El Lobo de Wannestein que se arroja sobre los fugitivos y cubre los anchurosos campos con sus cadáveres. Concluida la batalla, el Lagrimoso o Lloroso presenta su mano al Lobo.

—Gracias, valiente espada, ven a reposar después del combate.

—Ja, ja, ja... —dijo el Lobo riéndose—. ¿Os ha gustado la broma? Pues no he peleado por vos, sino por odio a las ciudades. Adiós.

El anciano conde pasó la noche en la aldea de Döffingen, junto al cadáver de Ulrico, su hijo único. Arrodillado al lado del féretro se cubría el rostro: quizá lloraba, pero nadie lo supo.

Al día siguiente muy temprano se puso en camino para Stuttgart. Un pastor corría hacia él, y el conde dijo:

—Este hombre nos trae alguna mala nueva, pues tiene el semblante triste.

—El Lobo Reluciente ha caído sobre nuestros pastos, y todo nos ha arrebatado.

—Bien —contestó el viejo Lagrimoso—, el Lobo se ha provisto de carne; así acostumbran a hacerlo esas fieras.

Al acercarse a Stuttgart le salió al encuentro un apuesto paje.

—Ese mozo —dijo el conde— tiene buena traza; ¿qué feliz nueva nos traerá?

– Tenéis un nietecito: Antonia ha dado a luz un niño.
Entonces el anciano levantó las manos hacia el cielo, y dijo:
– Sea alabado el Señor, pues nos deja semilla.

6. LA LEYENDA DE LE COMTE EBERHARD BARBE-RUDE. LÉGENDE DE SOUABE, DE A[UGUSTE] MATERNE (1836)

El refundidor al español de 1853 mintió, ya lo hemos dicho, al declarar que su modelo había sido una balada del famoso Uhland. Su modelo fue una extensa leyenda que un tal “A. Materne” había firmado en “Châlons, a 16 de agosto de 1836” y publicado un año después, en 1837, en unas actas recónditas de una provinciana sociedad de agricultura francesa¹¹. Es de suponer que, a partir de entonces, el texto sería copiado y circularía de manera más o menos profusa, porque es imposible que el refundidor español fuese a buscarlo a una fuente tan ignota.

El tal “A. Materne” debía de ser el lionés Auguste o Auguste Louis Materne (1812-1893), un oscuro funcionario francés que entretuvo muchos de sus días haciendo no malas traducciones del alemán, del latín y del griego. Tenía veinticuatro años cuando presentó su versión de la leyenda suaba, y lo cierto es que le salió una composición, aunque convencional, bastante coloreada, vibrante, mucho más definida que la traducción al español de 1853.

Aunque Materne diga que la suya es traducción de la balada de Uhland, no lo es en absoluto. La balada de Uhland recreaba solo el episodio de la emboscada en el balneario de Wildbad y la reanudación posterior de las hostilidades. La leyenda de Materne recrea los episodios de la emboscada en el balneario, la guerra contra los Schlegel, el escarnio a Ulrich a costa del mantel cortado y el duelo de Eberhard sobre el cadáver de su hijo.

Es de suponer que Materne se inspiraría en alguna fuente en que esos episodios aparecerían ya concatenados, aunque él la hinchase y adornase con las galas de su inflamado estilo. El caso es que ocultó de manera intencionada su fuente real (que yo no he sido capaz de localizar), para mentir al vincularse, probablemente por el prestigio que lo aureolaba, con Uhland.

Las limitaciones de espacio (el texto de Materne es muy extenso y está lleno de excursos prescindibles) me obligan a entregar aquí una traducción algo abreviada, que yo mismo he realizado. Podrá servir, al menos, para permitir constatar y aclarar los vínculos genéticos que hay entre el texto francés de 1836 y el español de 1853. La división en partes es la que estaba en el original:

El conde Barba Ruda. Leyenda suaba.

El poema breve que sigue ha sido traducido de Ludwig Uhland, el poeta más popular de Alemania hoy en día. L. Uhland escribió un libro único y breve; pero ese librito es como el de nuestro Béranger: inmortal. No es mi pretensión comparar a Uhland con Béranger. Entre el poeta alemán y el baladista francés hay las diferencias que hay en todo aquello que separa a

¹¹ En la *Séance*: 143-155.

las dos naciones. Uhland es entusiasta, ardiente, está lleno de fe en la naturaleza, y se entrega sin pensárselo demasiado a aquello que le puede conducir a la exaltación. No hay ni ironía ni amargura en él.

Por lo demás, no es ningún desconocido en Francia, y varias revistas han dado ya pruebas de su aprecio hacia él. Yo añadiré únicamente que el poeta se ha convertido, en los últimos tiempos, en hombre político. Es miembro de la cámara de representantes de Stuttgart.

Los cantos que alguna vez resonaron armoniosamente al son del arpa caballeresca de Hohenstaufen, ¿han muerto ya en Suabia? Y si no han muerto, ¿por qué razón no siguen repitiendo los elevados hechos de nuestros valientes antepasados, los hermosos ataques de sus viejas armas? [...]

¡Levántate de tu ataúd, Barba Ruda! ¡Sal de la oscuridad de tu coro, junto a tu heroico hijo! Tú combatiste incansable hasta los años de tu vejez. Aparece, en fin, en este nuestro tiempo, tal y como fuiste. Retorna con el tintineo de tu noble espada.

I. *La incursión en Wildbad.*

Era un hermoso día de verano; el aire era cálido, las arboledas estaban verdes; en los jardines brillaban las flores. Un guerrero de raza orgullosa se aleja a caballo de las puertas de Stuttgart. Es el conde Eberhard, el Graznador, el viejo Barba Ruda.

Lleva a su lado unos cuantos pajes. No lleva casco, ni cota de malla, ni se dirige a ningún combate. Va como paseando tranquilamente, a lomos de su caballo, a Wildbad [...].

En Hirschau el caballero se apea en la casa del abad y bebe el vino fresco del claustro, mientras suena el órgano sagrado. Luego atraviesa el bosque de abetos que conduce al verde valle en el que el Enz arrastra sus aguas rumorosas sobre el lecho de piedra.

En la plaza de Wildbad hay una casa grande: una alabarda brillante está suspendida sobre la puerta, a modo de señal; es allí donde el conde desciende. Saborea el descanso que tanta falta le hacía, y cada día visita el manantial que allí brota.

De improviso el más joven de los pajes del conde llega a toda prisa:

— Señor conde, una tropa de hombres desciende sobre el valle. Llevan todos mazas pesadas; el jefe lleva en su escudo una pequeña rosa de color rojo brillante y un jabalí.

— ¡Hijo mío! Esos son los Schleger, que saben dónde golpear. ¡Dame mis armas de combate, jovencito! Es Eberstein, lo conozco, ¡el jabalí! Por mi fe que está embargado por una cólera terrible. Conozco esa pequeña rosa roja, y por cierto que está erizada de espinas afiladas.

Un pobre pastor entra sin aliento:

— Señor conde, una banda de gente desciende sobre el valle; el jefe lleva tres hachas; su armadura es deslumbrante; aún me duelen los ojos, porque son como el resplandor de un relámpago.

— Ese es Wonenstein, al que llaman Wolf el Malo. Mozo, dame mi vestimenta. Ese resplandor tan brillante de la armadura me resulta bien familiar, por mi fe, y no me pone demasiado contento. Esas tres hachas cortan muy bien. Anda, ciñe la espada a mi costado. Ese es Wolf, que está sediento de sangre.

Y el pobre pastor dijo:

— Señor conde, me permito darle un consejo. Yo sé de caminos secretos por los que nadie ha pasado todavía; un caballo sería incapaz de cabalgar por allí; solo las cabras suben por tal lugar; de modo que, si usted me sigue, yo os conduciré hasta un lugar seguro.

El conde le siguió, y así llegaron por el camino aquel hasta lo alto de la montaña. A ratos tuvo el conde que abrirse camino con su buena espada. Qué amarga fue la huida para él, que nunca había huido de nadie. Cómo hubiera preferido combatir en el campo raso. El agua del manantial había insuflado en sus miembros un nuevo vigor.

Suben y bajan a la hora más calurosa del día. Al final el conde se ve obligado a apoyarse sobre la vaina de su espada. Pero el pastor siente piedad del viejo y noble señor. Le sube sobre sus espaldas y dice:

— Esto lo hago de corazón.

“Qué experiencia tan dulce es”, pensó el anciano Llorón, “ser la carga de un hombre bueno. Qué lealtad la del pueblo, y qué bondad manifiesta en el peligro. Jamás debería nadie pisotear los viejos derechos de los pueblos”.

Cuando llegó a Stuttgart el conde se sentó en el salón mayor de su castillo, dio órdenes de que fuesen acuñadas unas monedas a modo de medallas, y entregó varias piezas al pastor leal. Envió también algunas, a modo de regalo malicioso, a algunos de los señores de Schlegel.

Y luego envió albañiles bien mañosos a Wildbad con el fin de que construyesen una muralla alrededor del lugar en el que estaba la fuente. De ese modo podría el viejo, en los veranos siguientes, volver a sentirse rejuvenecer en aquellas aguas termales, sin miedo a más ataques.

II. *Los tres reyes de Heimsen.*

Tres reyes en Heimsen, ¿quién lo hubiera pensado? Tres reyes con sus tropas de caballeros y con una pompa y una magnificencia notables. Esos son los cabecillas de la partida de Schlegler; se dan a sí mismos el nombre de reyes para hacerse los fuertes [...].

Meditan sobre cómo sorprender al fiero Graznador, sobre cómo podrían atraparlo con resultados mejores que los que obtuvieron en Wildbad [...].

Cae la noche; los tres reyes se entregan al reposo y, cuando los gallos cantan por la proximidad de la aurora, el coro de la guardia de la torre emite con nitidez este grito:

— ¡Levantaos, levantaos los que dormís! ¡El cuerno anuncia un asalto! [...].

Y cuando el amanecer brilla y la niebla está disipada, ¡ah, qué brillo el de las lanzas! Brillan como la estrella de la mañana. Los campesinos de todo el cantón estaban allí agrupados, y en medio de ellos estaba el caballo del viejo Barba Ruda.

Los Schlegler intentan defender su pueblo y el castillo [...]. ¡De qué manera son arrojadas las flechas ardientes! ¡Qué silbidos, al caer en la paja! Saltan al aire coronas ardientes. ¡Con qué resplandor se elevan las llamas hasta el cielo! [...].

Los tres reyes avanzan a pie, con aire humilde, la cabeza descubierta, los ojos bajos.

— Bienvenidos — dijo el Graznador —. Sed bienvenidos, mis cautivos. Me hace muy feliz tener aquí a los tres. Así podré daros la recompensa por la visita que me hicisteis en el manantial. Solo falta uno, amigos: Wonnestein. Eso es lo único malo.

Un campesino de los que había alimentado el fuego durante el asedio se apoyó sobre su lanza, y lanzó una mirada llena de curiosidad sobre los cautivos:

— Tres reyes en Heimsen — dijo —. Eso es mucho. Si pudiéramos atrapar al cuarto, nos haríamos con todas las cartas del juego.

III. *El combate de Reutlingen.*

En Achalm, sobre una roca escarpada, más de un águila audaz se enseñoa de los aires. Aquí es donde está el conde Ulrich, el hijo del Graznador, con su tropa de caballeros. Anduvieron merodeando en torno a la ciudad de Reutlingen, haciendo un ruido salvaje; pero ahora se encuentran cansados.

Mas de repente los habitantes de la ciudad se pusieron en movimiento por el Urachtal [...]. Las tropas de los burgueses acometen tumultuosamente. Los caballeros resisten y se mantienen en una posición cerrada como una muralla, como una roca.

Por donde está la torre de Reutlingen hay una puerta antigua que la hiedra mantuvo cubierta durante largo tiempo con sus gruesas ramas, y que había caído casi en el olvido. De repente queda abierta en medio de un terrible fragor. Una tropa de burgueses viene, en filas prietas, desde la torre.

Esta tropa ataca a los caballeros por detrás, con rabia sanguinaria [...]. El estandarte queda perdido; el conde Ulrich queda bañado en su propia sangre; los que quedan con vida sienten el cansancio hasta en los huesos. Así que se lanzan sobre sus caballos, espolean vigorosamente sus flancos y, abriéndose paso con sus hierros, consiguen llegar a su fortaleza [...].

Más de sesenta guerreros muertos yacen en montones, ensangrentados y pálidos; y más de un escudero se apena al reconocer al señor perdido. Cada cuerpo es lavado y envuelto en una

bandera mortuoria; los siervos leales cumplen esta última obligación con sus señores [...]. El son del toque de muertos llega tristemente desde lo alto de las torres.

Weissenheim abre la larga marcha fúnebre; había sido él el que había portado el estandarte del conde Ulrich en la batalla. Lo mantuvo en su mano vigorosa incluso cuando recibió el golpe mortal.

Tres nobles condes le siguen, todos señores probados: vinieron de Tübingen, de Zollern y de Schwartzemberg. ¡Ay, Zollern! Un aura brillante rodea tu cadáver. Puede que hayas visto, al morir, el resplandor futuro de tu casa.

Siguen dos caballeros de Sajonia [...].

Pero ya está bien de hablar de estas honras fúnebres. Quien quiera saber de los guerreros que llegaron allí, que contemple las ventanas de la Casa del Consejo. Ahí está el escudo de cada uno de ellos, con la inscripción de su nombre.

Cuando el conde Ulrich se cura de sus heridas, monta en su caballo y se dirige hacia Stuttgart, aunque no lleva mucha prisa. Se encuentra a su anciano padre solo, en la mesa. ¡Alegre bienvenida en verdad! Ni una sola palabra se escucha en la habitación.

Ulrich se sienta a la mesa frente a su padre y baja los ojos. Le llevan vino y pescado. El viejo toma un cuchillo y, sin decir una palabra, corta la tela entre él y su hijo.

IV. La batalla de Döffingen.

[...] El conde Eberhard el Graznador es consciente del peligro que corren los campesinos. Se adelanta con una tropa poderosa. La élite de los caballeros de Suabia se ha reunido en torno de él, con los condes y los caballeros de la noble fraternidad del León.

Llega un mensajero a caballo, de parte de Wolf de Wonnstein:

— Mi señor quiere ofrecerte su servicio y su estandarte — dice.

— Yo no le he pedido nada a él — respondió el orgulloso Graznador.

El señor Ulrich vio que avanzaba la tropa de los burgueses [...] y se precipitó adonde estaba su padre:

— Hoy se cumplirá la expiación de mi antigua culpa — dijo —. Y si Dios quiere recuperaré tu favor, padre mío. Yo no podré comer en el mismo mantel que tú, pero sí que podré luchar a tu lado en una llanura ensangrentada.

Descienden de sus caballos los condes y los señores de la Orden del León; se precipitan contra el enemigo, y parece que los que combaten son leones. ¡¡Ah!!! ¡De qué manera queda desencadenado el león Ulrich! ¡Con qué furor lleva la muerte a las filas de los burgueses! Quiere expiar su falta; cierto que sabrá hacerse digno de su palabra.

¿Quién es ese guerrero que es traído del combate, acostado sobre el tronco de un roble?

— ¡Dios, sé propicio al pecador!

Pronuncia tan solo, entre gemidos, esas palabras, y con ellas entrega su último suspiro. ¡Oh, roble real! ¡El rayo te ha quebrado, oh, Ulrich, valiente caballero, y la espada te ha dado el golpe mortal!

Entonces el viejo Graznador, a quien nada puede conmover, grita:

— No tembléis, nobles condes, que quien cayó en combate es uno entre los demás guerreros. ¡Adelante! ¡Siempre adelante! ¡Los enemigos están huyendo!

Pronunció estas palabras con voz de trueno. ¡Qué ruido hacía su barba movida por el viento! ¡Ah! ¡Qué afilado es el diente del jabalí! [...]

¿Qué es esa claridad que deslumbra allá en lo alto como si fuera un diamante, que brilla como un rayo en la tormenta? Es Wolf de Wonnstein con sus caballeros. Se precipita contra los burgueses, abre sus filas apretadas y profundas. La victoria queda decidida con ello; los burgueses quedan horriblemente derrotados.

Por Dios que fue aquella una jornada calurosa. Era el mes de la cosecha. ¿Cuántas gavillas nobles quedaron tendidas sobre la vasta llanura? ¿A cuántos brazos de cosechadores les pudo la fatiga? Y sin embargo, allí siguieron, en pie, incansables, con sus hoces sangrientas.

Durante mucho tiempo encontrará el campesino, cuando cruce con el arado este suelo, troncos de espadas, hierros de lanzas y anillos de las cotas de acero; y cuando el hacha entre en

el tronco de un tilo con el objeto de derribarlo, encontrará más de un arnés, más de un esqueleto humano.

Con el combate ya terminado, mientras las trompetas proclamaban la victoria, el viejo Graznador extendió su mano hacia Wolf de Wonnenstein.

—Muchas gracias —le dijo—. Héroe valiente, acompáñame sobre tu caballo hasta mi fortaleza. Es preciso que tengamos estas atenciones entre nosotros, después de combate tan sangriento.

—¡Ah! ¡Ah! —replicó Wolf. Y se reía mientras continuaba: — Eres un hombre de humor. Yo he luchado por odio a los burgueses, no por gratitud hacia ti. ¡Buenas noches y feliz viaje!

Y sale arreando con los suyos.

En el pueblo de Döffingen el conde pasa la noche junto al cadáver de su Ulrich, de su único hijo. Se pone de rodillas, esconde la cara entre las manos; no se sabe si llora en silencio.

Al amanecer monta sobre su caballo, regresa a Stuttgart con sus orgullosos caballeros, y entonces llega un pastor corriendo:

— Hay preocupación en su corazón. ¿Qué es lo que nos irá a anunciar? — dijo el conde.

— Malas noticias, mi señor conde; Wolf de Wonnenstein nos ha atacado por la retaguardia y se ha llevado todo lo que le ha venido en gana.

Entonces dejó entrever el viejo Graznador una sonrisa bajo su áspera barba y dijo:

— El lobo es depredador por naturaleza.

Y continuó avanzando, con semblante orgulloso, a caballo con sus compañeros; pronto contemplaron el castillo de Stuttgart, cuyas torres se elevan por encima del valle. Sus viejas paredes brillaban con las luces de la mañana.

De repente llegó al galope un paje elegante.

— Me parece — dijo el conde — que este muchacho nos trae una buena noticia.

— ¡Una hermosa noticia, señor conde! En buena hora ha nacido el nieto del conde Eberhard. La condesa Antonia ha traído al mundo a un hermoso niño.

Y el viejo caballero elevó las manos al cielo y dijo:

— ¡Gracias y gloria sean dadas al señor!

Châlons, 16 de agosto 1836. A. MATERNE.

7. LA LEYENDA DE EL SALTO DEL CONDE [WOLF DE EBERSTEIN]

En el año 1836 el poeta alemán August Kopisch (1799-1853) publicó estos versos, dedicados a *Der Grafensprung bei Neu-Eberstein, El salto del conde en Neu-Eberstein*, que pasaron muy desapercibidos al lado de los de Schiller y Uhland:

Los de Wurtemberg lo cercaron:

¿Y qué es lo que hizo Wolf de Eberstein?

Pues cabalgó desde el castillo

hasta el cauce del Murg,

hasta el filo más elevado de la pared rocosa.

Allí el mundo estaba libre de enemigos,

y él saltaría sobre el Murg.

— ¡Que Dios te guarde, Eberstein!

Huir de un modo tan audaz no es deshonra:

los propios enemigos estallan en vítores.

Descendió por allí como si nada,

Y a continuación cabalga lejos: era un hombre libre.

Que cada uno vea si puede hacer algo así¹².

¹² Traduzco de Kopisch, 1836, núm. 163.

El poema de Kopisch no fue el primero pero sí el más significativo de los testimonios de la serie de *El salto del conde* [Wolf de Eberstein] (los corchetes se justifican porque no todas las versiones identificaban a Wolf como el conde saltador), que forman una cuña muy relevante y significativa entre las series de *El conde Eberhard el Llorón* y *El salto de los amantes*. Creo que estas de *El salto del conde* [Wolf de Eberstein] son, de entre todas las que estamos conociendo, las leyendas más apegadas a la tradición folclórica consuetudinaria, por más que no salieran del todo indemnes de las manipulaciones y clichés de los adaptadores. Tengo también la impresión de que la serie de *El salto del conde* [Wolf de Eberstein] es el embrión a partir del cual se desarrolló la serie tardía y fantasiosa de *El salto de los amantes*, a la que se incorporaría, como viajera a lomos del caballo volador, la amada del conde.

La leyenda evocada por Kopisch tiene como punto de referencia una formación rocosa muy elevada y escarpada que cae abruptamente sobre el río Murg, que recibe desde tiempo inmemorial el nombre de *Grafensprung*, es decir, *El salto del conde*, y que se halla en las cercanías de la hoy ciudad de Gernsbach, en el estado alemán de Baden-Wurtemberg.

Aunque el topónimo *Grafensprung* no especifica de qué conde se trata, algunas versiones de las leyendas atestiguadas afirman que fue Wolf de Eberstein el que saltó prodigiosamente, a lomos de su caballo, en cierta ocasión en que andaban pisándole los talones sus enemigos de Wurtemberg.

No sabemos desde cuándo llevaba el folclore de la zona haciéndose eco de este tipo de leyendas, aunque puede que sean muy viejas. Sí sabemos que debieron de circular muchas variantes, entre las que debieron estar las que introducían intrigas amorosas en el relato.

Para que podamos comprobarlo, he aquí una versión de la leyenda publicada en 1832 (cuatro años antes de la recreación en verso de Kopisch), que no menciona de manera específica a Wolf y que se halla envuelta en una trama de amor bastante básica, pero que podría haber dado pie al ulterior desarrollo, en que la pasión erótica cobró vuelos desorbitados, de Saintine en 1861:

Le Saut-du-Comte (El salto del conde)

Se dice que un conde de Eberstein ordenó que quienes aspirasen a la mano de su hija debían probar a la vez su amor y su audacia lanzándose a caballo por un precipicio. Un joven caballero de la corte de Carlomagno, más enamorado y más intrépido que los otros, quiso intentarlo. Ayudado sin duda por la magia de Merlín el encantador, se lanzó a lomos de su caballo y alcanzó, sin daño, al otro lado del precipicio, donde todavía se puede ver la huella de los pies del caballo.

El conde de Eberstein se quedó un poco sorprendido, como os podéis imaginar, al verle retornar después de un salto tan extremo; la hija reconoció qué era lo que había hecho por ella; y el joven caballero victorioso se llevó a la hermosa hasta la corte de Aix-la-Chapelle, sobre la grupa de aquel hermoso corcel que tan bien le había servido¹³.

Tampoco menciona de manera específica a Wolf ni abunda en ninguna intriga amorosa la versión que, a modo de colofón de otra aparatosa leyenda inserta dentro

¹³ Traduzco de Buchon, 1832: 188.

de las *Impressions de voyage. Excursions sur les bords du Rhin*, publicó Alexandre Dumas (padre) en 1841. Es un texto mediocre pero que tuvo mucha difusión y que conoció, a buen seguro, el posterior Saintine:

En el 938 el emperador Otón, tras vencer en Alsacia a Gilbert, duque de la Lorena, y deseando poner bajo su obediencia a los condes de Eberstein, que habían adoptado el partido del vencido, anunció que se celebraría un gran torneo en Spira. Él sabía que los tres condes de Eberstein, deseosos de probar su valentía, acudirían, abandonando su castillo. Durante el baile que seguiría al torneo se haría la expedición. Tal y como había previsto el emperador, los tres condes acudieron. El más mayor ganó la primera jornada y se le concedió la mano de la princesa Hedwige, hija del rey Enrique y hermana del emperador. Eso le dio el derecho a abrir el baile con ella.

Durante el baile, el conde y Hedwige se enamoraron, y ella le dijo que estuviese en guardia, porque mientras él estaba allí el castillo iba a ser tomado. Él terminó la contradanza sin hacer ningún gesto, y después se despidió diplomáticamente del emperador, alegando que se encontraba cansado. Cuando los tres condes fueron conducidos a sus habitaciones, el emperador hizo que saliesen las tropas hacia su castillo. Pero los tres condes descendieron por la ventana, cogieron tres caballos y llegaron a su castillo, para repeler el ataque.

Los atacantes fueron muertos o hechos prisioneros. Los condes llevan a los prisioneros a los subterráneos del castillo. Les quitaron sus vestidos y se los pusieron a sus propios soldados, para que pareciese que el castillo había sido tomado.

Al amanecer llega Otón con un cortejo de una docena de caballeros muy allegados, feliz de tomar Eberstein. Fue recibido con vivas, y entró en el patio del castillo. Fueron atrapados y hechos prisioneros. El emperador ofrece un gran rescate, que rechazan. Luego le ofrece el valle de Murg, pero también lo rechazan. Entonces pide la mano de Hedwige. El emperador asiente. Va a Spira y se casan.

Fue un descendiente de aquel conde de Eberstein y de la princesa Hedwige quien, perseguido por el conde Everard de Wurtemberg, antes de caer en las manos de su enemigo, forzó su caballo a saltar desde lo alto sobre un precipicio al otro lado del cual estaba el castillo, a una distancia de sesenta pies. Por una fortuna milagrosa, sin sufrir ningún daño, atravesó el Murg y se escapó. Todavía hoy se muestra al viajero el lugar desde el que se lanzó y aquel en el que tocó la tierra, y el espacio que él franqueó se llama el Salto del conde¹⁴.

Conviene advertir, aunque el apunte deba quedarse por el momento sin desarrollar, de que la primera parte de la trama legendaria que presenta Dumas (la de la fiesta que organizó el emperador Otón para entretener a los condes de Eberstein mientras sus tropas tomaban a traición el castillo de ellos; desastre que los condes evitaron excusándose y regresando a escondidas a sus posesiones para organizar su defensa) es un paralelo enormemente sugerente de las leyendas y de los romances que circularon en torno al prior de San Juan en la Castilla medieval: aquí, la tradición afirmó que el rey Alfonso XI invitó a cenar al prior de San Juan para que, mientras él estaba así entretenido, las tropas reales tomasen a traición el castillo de Consuegra; el prior se excusó, escapó disfrazado y logró llegar antes que el enemigo a su castillo para organizar su defensa¹⁵.

En 1841, es decir, en el mismo año en que dio a conocer Dumas su versión, publicó el británico Charles Knox una reelaboración en inglés mucho más adornada y dilatada, pero que no se apartaba en absoluto del esquema argumental de Dumas,

¹⁴ Traduzco de Dumas (1855: 179).

¹⁵ Véase Piñero y Pedrosa (2017: 237-241).

y que no aportaría por ello novedades dignas de mención a nuestro análisis. La más llamativa sería, acaso, que dio en bautizar como Wilhelm, Max y Eberhard a los tres condes¹⁶.

Volviendo a la leyenda de *El salto del conde [Wolf de Eberstein]*, he aquí un texto publicado en 1858 que atribuye la hazaña a un Guillaume d'Eberstein que hay que suponer pariente o avatar deformado de Wolf:

Un día, hace algunos cientos de años de aquello, un gran ruido de armas llenó el bosque vecino. El conde Guillaume d'Eberstein cabalgaba por entre los árboles y los brezales, perseguido por una partida de arqueros y de caballeros que le acosaban como a una bestia salvaje. Escuchaba él sus gritos y el ruido de sus pasos; estaba solo, y su larga espada no podía nada contra tantos enemigos; de repente su caballo se detuvo sobre la cima de un precipicio, al pie del cual pasaba el torrente del Murg; los hombres de armas se aproximaban por todas partes; un círculo fue rodeando al conde Guillaume; él no vaciló más, y besando la cruz formada por la empuñadura de su espada, clavó las espuelas en el vientre de su caballo que cayó sobre el Murg, desde una altura increíble.

Un instante después, el conde y su caballo ganaban la orilla opuesta y desaparecían ante las miradas sorprendidas de los soldados que habían quedado paralizados sobre la cima del precipicio.

Todo el mundo os dirá que esta roca se llama el *Graffensprung* [sic]¹⁷.

Hasta la prensa española llegaron ecos embrollados y pintorescos de la leyenda de *El salto del conde [Wolf de Eberstein]*, a través una vez más de los intermediarios franceses. Hubo, en efecto, un folletín del en su tiempo célebre escritor francés François-Pierre-Ernest Cappendu (1825-1868) que tenía el título de *Le mât de fortune* (*El palo de la fortuna*, 1865) y que fue traducido en dos ocasiones al español: la primera versión fue publicada (con el título de *Herminia*) por el periódico *El Contemporáneo* en 1865, y la segunda versión (con el título de *La cucaña de la fortuna*) por *La Correspondencia de España* en 1866. El folletín presentaba a un grupo de viajeros que se sorprendían al toparse con *El salto del conde*, que en esa ocasión volvía a identificarse con un conde Guillermo que no era nuestro conde Wolf.

He aquí la versión publicada por *El Contemporáneo*, el 17 de junio de 1865, p. 1. Omíto, porque son muy parecidas, la versión publicada por *La Correspondencia de España* del 28 de marzo de 1866, p. 2:

En este momento daba el carruaje la vuelta a la montaña y en el fondo del valle resplandecieron como una ancha cinta de plata, las aguas del Murg. A la derecha, en medio de la espesura del bosque, sobresalía una enorme roca de rojizos reflejos que dominaba el pintoresco río.

—¡Mirad el *Grafensprung*! —dijo Caliste, que se consideraba feliz cada vez que tenía ocasión de pronunciar una palabra de esa lengua alemana que tenía la pretensión de hablar... con franceses.

—Eso quiere decir el Salto del Conde —dijo Alberic—, y se llama así esa roca porque es tema que allá en remotos tiempos, perseguido por sus enemigos el conde Guillermo, se lanzó a caballo como estaba, desde lo alto de esa roca en el Murg.

—Lo cual debió alterarle la digestión si eso fue después de comer —dijo d'Aiguebonne.

—Dentro de cinco minutos estaremos en Gernbach y entraremos en el valle del Murg —dijo Julia.

¹⁶ (Knox, 1841: 28-47).

¹⁷ Traduzco de Achard (1858: 332).

Otro folletín, *Los compañeros de Themis*, del novelista belga Léopold-Goswin Stapleaux, traducido al español por Joaquín Escudero y publicado en libro en 1885 y en entregas en *La correspondencia de España* en 1886, mencionaba también *El salto del conde*, y lo relacionaba de manera específica con Wolf. He aquí la versión de *La Correspondencia de España* del 30 de enero de 1886, p. 1:

Fabiani recorrió Gensbach en todas direcciones en un momento sin lograr encontrar el menor rastro de Antonina. Ensanchando el círculo de su exploración, siguió las orillas del Murg hasta encontrarse en el Salto del conde. Llamábase así una gran roca que dominaba el río. Su nombre lo debía a la tradición. Un caballero, Wolf d'Eberstein, perseguido por sus enemigos, se lanzó con su caballo desde esta roca al río, del cual salió sano y salvo a la otra orilla entre las exclamaciones entusiastas de sus perseguidores.

Desde este sitio Julio sondeó el horizonte y no descubrió nada. Iba a abandonar su puesto cuando atrajo su atención un coche que se acercaba a Gernsbach.

8. LA LEYENDA DE EL SALTO DE LOS AMANTES EN LA PRENSA ESPAÑOLA (1883)

La balada del caballo es el título que lleva una leyenda que fue publicada en el diario madrileño *La Iberia* del 27 de febrero de 1883, p. 3; el mismo relato fue reproducido, tal cual, en *El Constitucional* del 1 de marzo, p. 1, y del 2 de marzo de 1883, p. 1; y en *La opinión: periódico político*, el 15 de marzo de 1883 marzo, pp. 1-2.

Es epígono tardío, sobrevenido y torpemente encajado de la serie que había iniciado *El conde Eberhard el Llorón*. Comienza, de hecho, resumiendo de manera muy apresurada el episodio del desaire que hace Eberhard a su hijo al cortar el mantel de la mesa, y el del duelo del conde tras la muerte de su hijo. A partir de ese momento se lanza a desarrollar una nueva y desmesurada trama: la de los amores contrariados de Lida, la hija de Eberhard y hermana de Ulrich, con Wolf de Eberstein.

Porque resulta que esta leyenda introduce la novedad, que traiciona por completo a la realidad histórica, de que Ulrich y Wolf eran amigos de toda la vida, y de que su mayor deseo era el de ser cuñados. Algo a lo que se oponía el viejo Eberhard, quien al morir Ulrich dispuso el matrimonio de Lida con Conrado, sobrino y heredero de Eberhard, al que Lida no amaba en absoluto.

En una escena impresionante, el que parece fantasma de Ulrich se presenta en un torneo previo a la celebración de los desposorios, para intentar intervenir en favor de las pretensiones de su amigo Wolf. Pero el tozudo progenitor insiste en la boda de Lida y Conrado. Es a partir de entonces cuando Wolf de Eberstein se convierte en enemigo irreconciliable de los de Wurtemberg: un extremo que contradice en todo lo que aconteció en la realidad.

Se abre así el episodio de la crisis de la que iba a ser boda de Lida y Conrado. Wolf, a quien le había sido robado su caballo prodigioso, Fador, sin el que se siente indefenso, acecha desde lejos; y de improviso reaparece el caballo, con la novia milagrosamente sentada sobre su lomo, y se inicia un nuevo episodio: el de la huida y

el salto de los dos amantes, a lomos de Fador, sobre el abismo en que encontrarían la muerte los tres.

La leyenda de *El salto de los amantes* termina con la desolación de Eberhard y con la confirmación de la moraleja, que planeaba también sobre *El conde Eberhard el Llorón*, de que la intolerancia paterna es un pecado capaz de llevar a la desintegración trágica de toda una familia.

Es notable que el refundidor de la leyenda española de 1883 se refiera a Schiller y a Scheffer como artistas que se sintieron conmovidos por los episodios del agravio del mantel y del duelo de Eberhard sobre el cuerpo de su hijo. Y que no diga nada acerca de la que fue, según descubriremos, su fuente directa y principal: un relato de 1861 del narrador francés Saintine, quien también había apuntado hacia Schiller y Scheffer. Desconcierta, además, que en la línea final señale como fuente una “revista británica”. ¿Habría leído el español el relato original de Saintine en una traducción previa, al inglés? En el relato de Saintine el caballo recibe el nombre de “Tador”, y de él se dice que había sido antes vendido en la feria de “Gagenau”, mientras que en la refundición española se nombra “Fador” al animal y se menciona que su venta había sido “en la feria de Gagein”. ¿Serán esos desajustes huellas de la erosión producida por idas, vueltas y estaciones de tránsito (en las islas británicas también) que no somos capaces de recuperar para redondear nuestro escrutinio?

Resulta muy interesante, apréciase, el episodio del robo del caballo de Wolf por un guía traidor (“un merodeador, su guía durante la oscura noche, le robó el capote y el caballo y desapareció entre las sombras”), porque es intriga opuesta a la del fiel pastor-guía que había ayudado a Eberhard a atravesar los riscos de Wildbad.

He aquí la transcripción de la leyenda española de 1883. La separación en partes la introduzco yo:

[III. *El escarnio del mantel*]

Eberhard II, conde de Wurtemberg, apellidado el Batallador, tenía dos hijos: Ulrico y Lida. En un encuentro con las tropas del Margraviato y del Palatinado, su hijo, aunque impetuoso y valiente, tuvo que batirse en retirada cediendo a la superioridad numérica de sus contrarios.

Su padre le reprochó rudamente (porque la rudeza y la inflexibilidad constituían el fondo de su carácter) el no haber quedado, vivo o muerto, sobre el campo de batalla y, en señal de vergüenza, cortó el mantel en la parte que Ulrico ocupaba en su mesa, dándole así a entender que no tenía bien ganado el ordinario sustento.

El conde de Wurtemberg inspiró con tal motivo hermosos versos a Schiller; y al gran pintor Ary Scheffer el asunto de su cuadro, *El cortador del mantel*, una obra maestra.

[IV. *El duelo de Eberhard por Ulrico*]

Ulrico, para librarse de aquella humillación, se hizo matar en un día de victoria, día de duelo para Eberhard, quien solitario, feroz, inconsolable, encerrado en su tienda, no cesó de llorar sobre el cadáver de su hijo. Nuevo asunto para un cuadro de Ary Scheffer, *Eberhard llorando*, otra obra maestra.

[VII. *Los amores contrariados de Lida y Wolf*]

Al conde de Wurtemberg, llamado en adelante no ya el Batallador, sino el Lacrimoso, quedábale una hija, Lida, a quien su hermano Ulrico se había propuesto casar con el mejor, con el más probado de sus amigos, el conde Wolf de Ebernstein. Pero Ulrico mal podía ayudar a la ejecución de tal propósito. A pesar de las súplicas de Wolf, que amaba a Lida, siendo de ella correspondido, Eberhard la prometió en matrimonio a Conrado, su sobrino y heredero.

Para celebrar los desposorios se verificó un gran torneo a las puertas de Wildbad, residencia del conde. Apenas abierta la liza, se presenta lanza en ristre un caballero de negra armadura, calada la visera, sin divisa, y toca el escudo de Conrado. Todos han creído reconocer en el recién llegado a Wolf de Ebernstein; pero Eberhard, turbado por su dolor reciente, cree ver en él, por su estatura, porte y el acento de su voz, el espectro de su propio hijo. Ulrico viene a defender la causa de su amigo, y a hacer que se respete su promesa.

Eberhard desciende precipitadamente las gradas, lanzando gritos angustiosos, que repitieron todos los espectadores, mientras que el negro caballero desaparecía en medio del tumulto.

Cualquiera pensaría que por influencia de aquella falsa aparición iba a triunfar la causa de Wolf. Nada de eso. Eberhard, a pesar de sus terrores y de sus penas, se mantuvo inflexible.

[VIII. *La guerra de Wolf contra Eberhard*]

Wolf trató de conseguir por las armas lo que no habían podido otorgarle su nombre, sus riquezas, sus súplicas ni la memoria de Ulrico; abrazó la causa de los Margraves de Baden y del Palatinado. El emperador se declaró por Eberhard. En breve el conde de Wolf, señor del antiguo Ebernstein y de una parte del bosque negro, vencido, forzado a huir, abandonado de sus aliados, ni aun reconocido por sus vasallos, se vio obligado a buscar refugio en casa de uno de sus parientes, señor del nuevo Ebernstein.

Apenas hubo echado pie a tierra, a las puertas mismas del castillo, un merodeador, su guía durante la oscura noche, le robó el capote y el caballo y desapareció entre las sombras.

Ahora he aquí la balada:

¡Oh, caballo mío..., mi hermoso, mi valiente Fador! El corcel más fino que haya producido España; excelente para la guerra como para el coso... ¿Qué, Enrique, después de ocho días no se la ha podido hallar?

— Se encontró al ladrón, mi apreciable primo, y lo hice ahorcar.

— Pero, ¿y Fador?

— Se había vendido ya en la feria de Gagein.

— ¿El nombre del comprador?

— Lo ignoro.

— ¡Oh, mi pobre caballo! ¡Amigo mío!... ¡Oh, desdicha!... Me han desterrado al imperio; me han declarado traidor y felón, han saqueado mi villa y quemado mi castillo de Ebernstein; me han despojado de mis tesoros, casi de mi honor, y antes que todo, te echo de menos con pena, mi buen caballo de guerra, mi bravo Fador!

— ¿Es verdaderamente vuestro caballo lo que más sentís, primo mío?

— ¡Ah! No lo comprendéis... ¡Si Fador estuviese aquí para obedecer a mi gesto o a mi mirada, estaría ya en Wildbad, y mientras que el wurtemburgués se obstina en ocupar mis dominios, hubiese yo robado a su hija!

— ¡Proyecto de insensato, primo mío! Lida de Wurtemberg no está ya en Wildbad; está en el campamento de su padre. Olvidadla, Wolf. Uno de mis espías ha oído esta mañana, de esta parte, el ruido de las trompetas mezclado al ruido de las violas. Lida es hoy la esposa de otro.

— ¡Callad, Enrique! Hubierais debido cortaros la lengua con los dientes antes de pronunciar esas palabras... ¡Oh, Lida, oh, desesperación!

[IX. *El rapto de la novia, la huida de los amantes y el salto mortal, a caballo, en el abismo*]

Mientras los dos Ebernstein se entretenían así, se levantó un clamor venido de afuera. El galope de un caballo resonó sordamente sobre el camino; después nada se oyó.

El conde, ansioso, agitado, con el cuello extendido, siempre con el oído atento, cuando, bajado el puente levadizo, resonó de repente como ruido de truenos, y Fador, el inesperado

Fador, espumante y sudoroso, dilatada la nariz, haciendo saltar de sus pies miles de chispas, desembocó en el patio, donde estaban ambos primos, y se detuvo súbitamente delante de ellos.

Una mujer pálida, medio desvanecida, casi fuera de sí, estaba suspendida convulsivamente de sus crines; los zarzales del camino se habían repartido los jirones de su velo blanco, y en sus largos cabellos, sueltos y en desorden, se mostraban desparramados algunos tallos de flores de mirto.

Esta mujer, esta joven, era Lida de Wurtemberg. Sea que el conde Eberhard, refinado en sus venganzas, hubiera comprado intencionadamente a Fador, destinándole a servir de montura a la novia, como último ultraje; sea que Fador había debido aquella distinción a su hermosura sin igual, el resultado fue el mismo.

Cuando la comitiva se dirigía a la iglesia, olfateó disimuladamente el camino, rompió las filas, y no detuvo su furiosa carrera hasta encontrar a su amo allí donde lo había dejado ocho días antes.

— ¡Un sacerdote, un sacerdote! — gritaba el conde de Wolf, sosteniendo con un brazo a Lida, y acariciando con la mano que le quedaba libre el pecho jadeante de su fiel corcel —. ¡Un sacerdote!... ¡Enrique, el vuestro puede unirnos; que venga!

— Primo mío, jamás en mi capilla se casará una joven sin el consentimiento de su padre.

— ¡Por el infierno! ¿Se trata aquí acaso de un mal casamiento? ¿No soy por ventura de tan noble sangre como ella? ¿Olvidáis que el emperador Othos el Grande ha dado su hermana Eduvigis a uno de nuestros abuelos?

— Sé, primo mío, que había consentimiento nuestro por ambas partes. Os he recogido y ocultado en el nuevo Ebernstein, sin cuidarme del perjuicio que pudiera seguirse; si vuestros enemigos os persiguen hasta aquí os defenderé lo mejor que sepa, pero...

— Al menos jurad, Enrique, no entregarles jamás a Lida.

— Primo, os juro no devolverla sino a su padre.

— Maldición sobre ti, huésped desleal, pariente sin vergüenza... ¡Mi caballo, mi caballo! — gritó Wolf, arrancando a Fador de manos de los criados que se disponían a limpiarlo... —. Fador, va a ser precisa una nueva carrera tuya... Lida, ¿quieres buscar conmigo un sacerdote que nos case?

— Quiero — dijo Lida.

Y lanzándose sobre la silla puso a la grupa a su dama, y el puente levadizo descendió para darles paso. Entretanto los soldados de Eberhard, en busca de la desposada, recorrían todos los caminos de la selva.

Los primeros que encontraron los pedazos del velo o las huellas de Fador dieron la señal de llamada, y cuando Wolf salió del nuevo Ebernstein, algunos estaban ya en las avenidas; Ulrico les ganó la vuelta, y pasó delante.

— Lida, ¿os arrepentís de haber consentido en acompañarme?

— De nada me arrepiento, señor.

Cambió de ruta; en una encrucijada del bosque un grupo numeroso de arqueros, tendido el arco, se preparaba a disputarle el paso. Tembló por ella.

— Lida, ¿queréis que os vuelva al lado de vuestro padre?

— Os haría prisionero, señor, y me obligaría a casarme con vuestro rival.

Evitó los arqueros y ganó la llanura. En la llanura, Eberhard y sus sobrinos, con sus fuerzas reunidas, ocupaban todos los puntos accesibles; era una especie de círculo de hierro que iba estrechándose alrededor de los fugitivos.

No quedaba más paso libre que un estrecho sendero abierto en medio de una colina de roca; pero ese sendero solo conducía a un río, que formaba allí un remolino anchuroso.

— Lida, ¿quieres venir conmigo? — dijo el conde.

— Lo quiero, amigo mío — respondió Lida.

Se volvió hacia ella; un beso les unió. Entonces picó con las espuelas los ijares de Fador, que pareció comprender el pensamiento de su amo.

Se arrojó en el espacio. Todos tres desaparecieron.

[X. *Las lágrimas de Eberhard*].

Los perseguidores lanzaron un grito de horror. Cuando de lo alto de la escarpada roca Eberhard se atrevió a sondear el abismo, las olas habían arrebatado el cuerpo de su hija; no vio más que a Wolf y a su fiel Fador, tendidos ambos a la orilla opuesta.

Con un movimiento de espanto, el conde de Wurtemberg vio entonces el fantasma armado de su hijo, tal como se le había aparecido ya en el torneo de los esponsales, tal como después lo había vuelto a ver veinte veces, sentándose silenciosamente a su mesa, delante del mantel cortado, o a la hora de las batallas, empuñando siempre la lanza y entre las filas de los enemigos.

Hoy Ulrico acababa de recoger el último suspiro de aquel a quien quiso llamar su hermano.

Eberhard había matado a sus dos hijos, al uno por la guerra, al otro por el amor.

La roca desde lo alto de la que Wolf de Eberstein se precipitó en el Mourg se llama hoy todavía el Salto del conde.

(*Revista Británica*).

9. LA BALLADE DU CHEVAL (1861) DE XAVIER BONIFACE DE SAINTINE

La leyenda que acabamos de exhumar de un periódico español de 1883 no es, a la vista está, ninguna obra maestra de la literatura: es composición nada creíble pese a sus pretensiones historicistas, ampulosa, sin profundidad psicológica en el dibujo de los personajes, encajada sobre un armazón de motivos seudonovelescos y pseudoheroicos no muy bien conjuntados.

Aunque lo peor es el embrollo de las fuentes presumidas y presumibles. Advierte en un determinado momento: “Ahora he aquí la balada: ¡Oh, caballo mío...!”. Pero, ¿de qué balada habla? Si es en ese punto en el que empezaba la incógnita (para nosotros) balada, ¿en qué lugar terminaba? ¿De dónde la sacó el autor, de leídas o de oídas? Da a entender al final el refundidor español que su texto está sacado de una *Revista Británica* de la que no da más detalles. Bien pudiera ser, aunque esa presumida versión inglesa intermediaria tuvo que ser traducción a su vez del prototipo francés, ese sí seguro, hacia el que vamos a apuntar enseguida. El relato español hace mención, por lo demás, a Schiller y a Scheffer, que tampoco fueron sus modelos directos, por más que tanto el escritor como el pintor hiciesen sus reelaboraciones autónomas de partes del ciclo de Wurtemberg.

No ha sido tarea fácil, porque el traductor-refundidor de la versión española lo omitió, y porque se trata de una obra hoy bastante ignota, aunque tuviera en aquellos años cierta resonancia, localizar el prototipo del texto español. El caso es que se trata de un capítulo que lleva el título de *La ballade du cheval* de un libro de viajes por Francia y Alemania que Xavier Boniface de Saintine publicó en 1861¹⁸. Más adelante constataremos que fuente de una parte de ese capítulo, aunque Saintine no lo dijese, debió de ser una leyenda que ya hemos conocido, inserta por Alexandre Dumas (padre) en sus *Impressions de voyage. Excursions sur les bords du Rhin* (1841).

Ciñámonos, por el momento, al que fuera el modelo directo del refundidor español. Saintine (1798-1864) fue un hoy muy olvidado, pero en su tiempo celebrado y prolífico escritor parisino. Su libro de viajes por el cauce y las orillas del Rin, escrito seguramente al rebufo del que veinte años antes había publicado Dumas, gozó del

¹⁸ (Saintine, 1861: 189-196).

favor del público francés, y fue reeditado unas cuantas veces. A ese éxito contribuirían, sin duda, los 450 hermosos grabados con los que artistas como Doré, Foster y otros lo enriquecieron.

Antes de avanzar ningún comentario más comparaciones es imprescindible que leamos la versión de Saintine. La traducción del francés al español es, una vez más, mía. La separación en partes la he introducido yo:

[III. *El escarnio del mantel*]

La balada del caballo.

Algunas palabras como prefacio. Schiller y Ary Scheffer. Eberhard el Llorón.

Podría hacer que precediese a mi balada una prolija presentación, a modo de explicación. Me abstendré. Algunas palabras son indispensables, sin embargo. Un gran poeta, un gran pintor, me los proporcionará.

Eberhard II, conde de Wurtemberg, quien primero fue llamado el Batallador, tenía dos niños: un hijo y una hija, Ulric y Lida. En un enfrentamiento contra las tropas de Margraviato y del Palatinado, este muchacho, aunque era impetuoso y valiente, incapaz de imponerse al número de los contrarios, tuvo que retirarse.

Su padre le reprochó duramente (porque la rudeza y la inflexibilidad eran la base de su carácter) el no haber permanecido vivo o muerto en el campo de batalla; y, como estigma de vergüenza, frente al lugar ocupado por Ulric en su mesa cortó el mantel, lo que significaba que no se había ganado su pan.

El conde Eberhard de Wurtemberg estaba en aquel momento proporcionando a Schiller algunos versos hermosos, y a nuestro gran pintor Ary Scheffer el tema de su cuadro *El cortador del mantel*: ¡una obra maestra!

[IV. *El duelo de Eberhard por Ulric*]

Ulric se redimió de aquella humillación: se hizo matar en un día de victoria; un día de luto para Eberhard, quien solo, feroz, inconsolable, encerrado en su tienda, no hizo más que llorar sobre el cadáver de su hijo.

El segundo motivo de la pintura de Ary Scheffer: *Eberhard el Lacrimoso*, ¡una obra maestra otra vez!

[VII. *Los amores contrariados de Lida y Wolf*]

Al conde de Wurtemberg, apodado desde aquel entonces no el Batallador, sino el Llorón, le quedaba todavía una hija, Lida, a quien su hermano Ulric había prometido como esposa del mejor y más leal de sus amigos, el conde Wolf de Ebernstein. Ulric ya no estaba allí para ayudar a que se cumpliera su compromiso.

A pesar de las súplicas de Wolf, quien amaba y era amado por Lida, Eberhard la prometió a su sobrino Conrad, su heredero.

Para festejar a los prometidos se celebró un gran torneo en 1389 a las puertas de Wildbad, residencia del conde. Con el acceso apenas abierto, un caballero cubierto con una armadura oscura, sin enseña y con la visera baja, se presenta con la lanza en ristre, y viene a llamar la atención de Conrad.

En este recién llegado todos habían reconocido a Wolf de Ebernstein; pero Eberhard, abrumado por su duelo reciente, debido a su estatura, a su presencia, al grito que le había escuchado lanzar, cree ver en él la sombra de su hijo.

Ulric apoya la causa de su amigo y defiende su promesa. Eberhard baja corriendo las escaleras, lanzando gritos de angustia, repetidos por todos los espectadores, y en medio del tumulto el caballero negro desaparece. Se podría haber supuesto que, gracias a aquella falsa aparición, la causa de Wolf se habría puesto más cerca del triunfo; no fue así.

A pesar de sus remordimientos, a pesar de sus terrores, Eberhard mantuvo inconvencible su voluntad.

[VIII. *La guerra de Wolf contra Eberhard*]

Wolf intentó entonces ganar mediante la guerra lo que su nombre, sus riquezas, sus plegarias, el recuerdo de Ulric, no pudieron darle. Abrazó la causa de los Margraves de Baden y del Palatinado. Pero el emperador se inclinó, en cambio, por Eberhard.

Pronto el conde Wolf, señor del viejo Ebernstein y de parte de la Selva Negra, vencido, obligado a huir, abandonado por sus aliados, rechazado por sus vasallos, fue obligado a irse y buscar la protección de su padre, el señor del nuevo Ebernstein. Pero cuando desmontó frente a la puerta del castillo, uno que merodeaba por allí y que había sido su guía durante la noche profunda robó su caballo y su abrigo, y desapareció en medio de la oscuridad.

Y ya tenemos aquí la balada: “¡Oh, mi caballo! ¡Mi hermoso y valiente Tador! El correo mejor que España ha producido; bueno en la guerra como en la carrera, ¿qué pasa, Henrich [*sic*], que al cabo de ocho días no lo hemos podido encontrar?

— Hemos encontrado al ladrón, mi honrado primo, y lo he hecho ahorcar.

— ¿Y qué ha sido de Tador?

— Ya había sido vendido en la feria de Gagenau.

— ¿El nombre del comprador?

— Lo ignoro.

— ¡Oh, mi pobre caballo! ¡Oh, mi pobre amigo! ¡Oh, miseria! Me han desterrado del imperio; me han declarado traidor y criminal; han saqueado mi ciudad y han quemado el castillo del viejo Ebernstein; me han despojado de mis tesoros y casi de mi honor, y lo que provoca mis mayores lamentos es mi buen caballo de guerra, mi valiente Tador.

— ¿Es verdad que por quien más te lamentas es por él, primo mío?

— ¡Ay! ¿Es que no lo entiendes, Henrich? Si Tador estuviera todavía aquí para obedecer mi gesto, mis ojos, ya estaría yo en Wildbad; y mientras el de Wurtemberg siguiese dedicado a ocupar sus dominios, yo estaría llevándome a su hija!

— Qué plan tan insensato, primo. Lida de Wurtemberg no está ya en Wildbad; está en el campamento de su padre. Olvídalo, Wolf. Uno de mis espías ha escuchado esta mañana, del lado de acá, el sonido de los cuernos mezclado con el sonido de las violas. Lida es hoy la esposa de otro.

— ¡Cállate, Henrich! Deberías haberte cortado la lengua con los dientes, antes de pronunciar tal palabra. ¡Oh, Lida! ¡Oh, desesperación!

[IX. *El rapto de la novia, la huida de los amantes y el salto mortal, a caballo, en el abismo*]

Mientras los dos Ebernstein conversaban de aquella manera, surgió un clamor que llegaba de fuera. El galope de un caballo resonó ruidosamente en el camino; después no se escuchó ya nada más.

El conde se puso ansioso, agitado, con el cuello rígido, con el oído siempre atento; cuando el puente levadizo fue bajado, sonó algo así como un trueno repentino, y Tador, el inesperado Tador, empapado en sudor, con las fosas nasales inflamadas, haciendo saltar miles de chispas bajo sus pies, avanzó por el patio en el que estaban los dos primos y se detuvo bruscamente frente a ellos.

Una mujer pálida, medio desmayada, con el cuerpo medio caído de su silla de montar, colgaba de su crin entre convulsiones; los arbustos del camino se habían quedado con jirones de su blanco velo, y dentro de su largo cabello suelto y desgredado se habían metido vetas de flores de mirto. Aquella mujer, aquella doncella (porque podía todavía llevar aquel título) era Lida de Wurtemberg.

Ya fuera porque el conde Eberhard, refinado siempre en sus venganzas, hubiera rehabilitado a sabiendas a Tador, destinándolo a servir de montura de la prometida (un último ultraje contra el vencido), o ya fuera porque Tador hubiese decidido hacer aquel homenaje a aquella incomparable belleza, el resultado fue el mismo.

Mientras se dirigía a la iglesia, aplicó su olfato al camino, se salió del cortejo y no detuvo su furiosa carrera hasta que no se encontró ante su amo, en el lugar en que lo había dejado ocho días antes.

— ¡Un capellán! ¡Un capellán! — gritó el conde Wolf, sosteniendo con un brazo a Lida, y acariciando con la mano libre el pecho jadeante de su fiel corcel—. ¡Un capellán! Henrich, el tuyo nos puede unir; ¡deja que venga!

— Primo mío, nunca en mi capilla se casará una doncella sin el consentimiento de su padre.

— ¡Por el infierno! ¿Es que la alianza conmigo es mala? ¿No soy yo tan noble como ella? ¿Olvidas que el Emperador Otón el Grande entregó a su hermana Hedwig a uno de nuestros antepasados?

— Lo sé, primo, pero hubo consentimiento mutuo en las dos partes. Yo te he recogido y te he tenido escondido en el nuevo Ebernstein, sin que me importase el daño que ello me pudiese causar; si tus enemigos te persiguen hasta acá, yo te defenderé lo mejor que pueda, pero...

— ¿Juras al menos, Henrich, que nunca les darás a Lida?

— Mi primo, juro que no se la entregaré más que a su padre.

— ¡Maldito seas, anfitrión desleal, familiar desvergonzado!... ¡Mi caballo! ¡Mi caballo! — exclamó Wolf, arrancando a Tador de las manos de los escuderos, que estaban tratando ya de llevárselo... — Tador, vas a tener que emprender una nueva carrera... Lida, ¿querrás buscar conmigo un sacerdote que nos case?

— Quiero — dijo Lida.

Subiéndose a la silla de montar, colocó a su señora sobre la grupa, y el puente fue bajado para ellos.

Sin embargo, los soldados de Eberhard, que marchaban en busca de la novia, andaban haciendo una batida por todos los caminos del bosque. Los que primero encontraron los jirones del velo y los rastros de Tador dieron la señal de precaución, y cuando Wolf abandonó el nuevo Ebernstein, algunos andaban ya rondando por allí. Los derribó y continuó su camino.

— Lida, ¿te arrepientes de haber consentido acompañarme?

— No me arrepiento de nada, señor.

Cambió su ruta; en una encrucijada del bosque un grupo nutrido de arqueros, con sus arcos extendidos, se preparaba para impedir su paso. Él tembló por ella:

— Lida, ¿quieres que te conduzca adonde está tu padre?

— Te haría prisionero, mi señor, y me obligaría a casarme con tu rival.

Se escapó de los arqueros y marchó hacia la llanura. En la llanura, Eberhard y su sobrino, con sus fuerzas concentradas, ocuparon todos los puntos transitables; se formó como un círculo de hierro que se iba estrechando en torno a los fugitivos.

No quedaba más que un sendero estrecho que se abría hacia una colina rocosa; pero aquel sendero conducía nada más que a un alto acantilado que se elevaba a gran altura sobre las ondas del Murg, que allí formaban un abismo enorme.

— Lida, ¿quieres caer conmigo? — dijo el conde.

— Eso es lo que quiero, amigo mío — respondió Lida.

Él se volvió hacia ella; un beso los une. Luego aguijó los ijares de Tador con sus espuelas, quien pareció entender el propósito de su amo. Se lanzó sobre aquel espacio.

[X. *Las lágrimas de Eberhard*].

Los tres desaparecieron entre los gritos de horror que lanzaron sus perseguidores. Cuando, en lo alto del acantilado, Eberhard osó asomarse al abismo, las olas se habían llevado ya el cuerpo de su hija; solo vio a Wolf y a su fiel Tador, yacentes ambos sobre la orilla.

Con un movimiento de terror, el conde de Wurtemberg avistó el fantasma armado de su hijo, tal y como se le había aparecido otras veces: en aquel torneo para celebrar el compromiso y luego más de veinte veces más, ¡visión espantosa!, sentado silenciosamente a su mesa, frente al mantel cortado, o en la ocasión de las batallas, siempre con la lanza en la mano y enfilando hacia el enemigo.

Aquel día, Ulric vino a recoger el último suspiro de aquel a quien había querido llamar su hermano.

Eberhard había matado a sus dos hijos, al uno por causa de la guerra, al otro por causa del amor.

La roca desde la cual Wolf de Ebernstein se había precipitado sobre el Murg se llama, todavía hoy, el Salto del conde (*Grafensprung*).

No cabe duda de que fue esta *Ballade du cheval* del extenso libro de viajes (1861) de Saintine la fuente del anónimo relato *La leyenda del caballo* (que yo prefiero titular *El salto de los amantes*) que en 1883 publicaría la prensa española. Pero, ¿cuál pudo ser la fuente, a su vez, de la versión francesa de Saintine? ¿Ciertas tradiciones, más o menos orales, que hubieran presumiblemente podido llegar a oídos del cronista durante su viaje por Alemania? ¿Algunas fuentes escritas relacionadas con la serie de *El salto del conde* [*Wolf de Eberstein*], y más en específico con las que incorporaban algún ingrediente amoroso, a las que habría acudido con afán de inspiración o de documentación? ¿Ambas vetas, ensanchadas y exageradas por la musa personal, dada sin duda a invenciones, ornatos y mezclas? ¿Schiller y Scheffer, a quienes menciona? ¿Dumas, a quien no menciona, pero al que había leído sin duda?

Personalmente, me decanto por la suma ecléctica de varias de estas opciones. Opino que hasta los oídos del viajero francés pudieron llegar, en algún momento de su excursión por el Rhin, rumores relativos a *El salto del conde* [*Wolf de Eberstein*] que debieron de ser simples y escuetos, pero impresionantes; que diversas lecturas –en alemán y en francés, y en Dumas también, por supuesto–, que acaso incorporaban ya el ingrediente amoroso, pudieron darle pautas y motivos que le parecerían atractivos; y que dio luego él rienda suelta a su fantasía para hacer una labor intensa de refundición y edulcoración, de la que salió el relato que acabó publicando en 1861.

Victor Chauvin, insigne arabista y excelente conocedor de muchas literaturas populares, calificó a Saintine de “poeta tanto como viajero” dominado por el afán por recuperar “en el país que visita, las viejas tradiciones, las leyendas populares”, pasadas siempre por el filtro de su inventiva personal¹⁹. Mi opinión acerca del genio de Saintine es mucho menos positiva que la que tuvo su amigo Chauvin; no se puede dudar, es cierto, de que Saintine fue un poeta viajero; no fue, en cambio, ni leal etnógrafo ni cronista objetivo.

10. ALGO MÁS ACERCA DE LA BALADA DE EL CONDE EBERHARD EL LLORÓN DE WURTEMBERG, DE FRIEDRICH SCHILLER

Si Saintine mencionó a Schiller y a Scheffer (recordemos que Materne había mencionado, en cambio, a Uhland y a Scheffer) fue porque conocía, aunque no las tuvo en la primera línea de las influencias directas, las versiones que de la leyenda de *El conde Eberhard el Llorón* (no de la de *El salto de los amantes*) habían elaborado el poeta alemán y el pintor franco-neerlandés. También, sin duda, porque le convenía

¹⁹ En la reseña que hizo al libro de Saintine, 1860: 583.

arrimarse al prestigio de aquellos dos nombres. Sobre todo a Schiller, que fue poeta emblemático del romanticismo en toda Europa.

También a España llegó ese reconocimiento. Convendrá por eso que hagamos alguna glosa acerca de la balada *Der Graf Eberhard der Greiner von Württemberg* (*El conde Eberhard el Llorón de Wurtemberg*, 1782) de Schiller, aunque sea solo para dejar constancia de que no fue del todo desconocida para los intelectuales ni para los lectores españoles de aquellos años.

Lo prueba el que el semanario dominical *La Violeta: revista hispano-americana* publicase en su número del 24 de diciembre de 1866, pp. 367-371, un artículo del germanista José Fernández Matheu (casi seguro traductor de las obras de Schiller que fueron incluidas en el tomo VII del *Teatro selecto antiguo y moderno, nacional y extranjero* que vería la luz en Barcelona en 1869) que llevaba el título de “Estudios de literatura alemana. Las *Baladas* de Schiller (Continuación)”, y que el tal artículo ofreciese una traducción extremadamente libre, no demasiado lograda y con algunas glosas añadidas, de la balada de “*El conde Eberhard de Wütemberg*” [sic] de Schiller. Conviene que nos detengamos en ella, aunque solo sea para confirmar que los versos de Schiller no fueron, en modo alguno, la fuente directa de *La balada del caballo* (o de *El salto de los amantes*) que publicó la prensa española de 1883.

Reproduzco, de paso, algunos párrafos preliminares de Fernández Matheu acerca de la baladística europea de su tiempo que, por más que no sean de gran profundidad, permiten enmarcar mejor su traducción de la balada de Schiller:

Muy mucho se prestan las tradiciones históricas a ser manejadas por los autores de baladas: ¡ellas son, si no su primordial esencia, su mayor atractivo al menos!... ¿Desesperaremos de encontrar una verdad, siquiera desnuda o descarnada, entre las prodigadas formas de la poesía?... Dícese que las baladas de Walter Scott, y hasta gran parte de sus magistrales novelas fueron relatadas y transmitidas al poeta por boca de una de sus abuelas, la cual fue su continua compañera en su infancia. El niño, sentado alrededor del hogar paterno, escuchaba con marcada atención aquellas sencillas narraciones, de las cuales, más adelante, se sirvió para argumento de sus producciones.

No neguemos la veracidad completa del asunto, pues no se nos oculta que la poesía, aunque embelleciendo los hechos, propende a desfigurarlos. La causa de esto no está en los poetas; cúlpese, si place, a la naturaleza de la poesía. Aunque no son pocos los autores de baladas, precisa a mi objeto limitarme a consignar los nombres de los más notables, ya que el asunto me pone en esto caso.

Campbell entre los ingleses es uno de los más distinguidos. Canta amores rodeados de misterio, escenas sencillísimas teñidas por el color de la melancolía más delicada. Longfellow entre los americanos, poeta lleno de originalidad y de sentimiento, ha sobresalido en lo elegiaco y tradicional, particularmente en sus dos libros *Poemas del Hogar* y *Baladas y Poemas*. Este autor parece poseer una imaginación completamente alemana, si es que se me permite la libertad que me tomo expresándome así. En Francia es Víctor Hugo el maestro de la balada, en las cuales muestra su facilidad de crear y expresarse en un estilo el más elevado posible, aunque a veces atrevido en demasía.

Cuando canta sus baladas parecemos nosotros adivinar que el poeta del siglo se halla en plena naturaleza simpática. Delavigne y otros muchos cuyos nombres he olvidado se distinguen también en ese género tan del gusto de los franceses, de esa nación que cuenta un literato en cada esquina. Entre los alemanes se distinguió Bürgner [sic: seguramente, Bürger], el gran poeta popular, espíritu moral y cándido cuanto supersticioso y desgraciado. Los poemas de Wielland no son otra cosa que romances caballerescos; Uhland atrae por su bello espiritualismo, por su

delicadeza de expresión y por un no vulgar conocimiento del corazón. Heine a primera vista parece el Woodstock de Alemania, pero un Woodstock apasionado. Este último hace aspirar el aroma del tiempo; esto es, vislumbrar el carácter de una época pasada. Heine hace visibles la ternura y grandeza de su alma, y en sus cantares oculta un no sé qué, que a nuestra manera nos explicamos, cierta gracia encubierta, intangible cuanto inimitable.

Pero Goethe y Schiller son los maestros en este género. Algún día me referiré al primero; ahora tócame continuar en el segundo. Como un ejemplo de sus baladas histórico-tradicionales, voy a traduciros una de ellas, que tituló:

El conde Eberhard de Wütemberg [sic].

BALADA (El estribillo o *envoy*, como se ve, es aquí inicial y final).

La Suavia cuna ha sido
de hombres ilustres y grandes,
de más de un bravo guerrero
vencedor en los combates,
de más de un ser distinguido
de la paz en los instantes.
Díganlo Carlos,
Eduardo el Grande,
Luis, Federico,
nombres ilustres cual inmortales.
¡Conde Eberhardo,
son tus iguales,
pues de leones
hijo pareces en el combate...!

Ulrico se complacía
en las armas, cual su padre;
jamás Ulrico la espalda
volvió en reñido combate;
jamás le espantó la guerra.
jamás le aterró un desastre.
Pero de Rentlig
los habitantes,
siempre envidiosos
de nuestras muchas hazañas grandes,
la de la gloria,
palma triunfante,
probar osaron
viles tiñendo la espada en sangre.

Mas atacoles Ulrico;
¡Ay! ¡Que fue suyo el desastre!
¡Ay! ¡Con la rabia en el pecho
se presenta ante su padre,
que le mira sorprendido!...
Mas temblando Ulrico vase.
Por sus mejillas
lágrimas caen,
de él se apoderan
mil pensamientos de cruel coraje.
¡Pérfidos! clama;
¡Sabré vengarme...!
Yo mi derrota

sabré vengarla.
¡Júrolo, padre!

La guerra con furor de nuevo estalla;
lanzáronse jinetes y caballos
de Dofpingen al valle.
Fuertes hurras
por el aire do quiera resonaron:
¡El combate perdido! Tales eran
los gritos que infundían entusiasmo;
palabras que veloces nos hacían
cuando en medio del valle nos lanzamos.

Con heroico valor el joven conde
blandió el acero. Y su fornida mano
derramaba terror en torno suyo
y gemidos, la muerte y el espanto.
Mas ¡hay [sic]! ¡En su cabeza enardecida
el filo de una espada ha penetrado!
Los guerreros circúyenle y prodigan
al herido su amor y sus cuidados.

Mas es en vano. ¡Ay! Muere, y sus ojos
se cierran a la luz. Y cruel espanto
se extiende por do quiera. Pronto, amigos,
y también enemigos; lloro amargo
derraman al mirarle... Pero entonces
con ira replicó el conde Eberhardo:
¡Cual uno de vosotros mi hijo es solo!
¡Adelante!... ¡Al combate, mis soldados!

La sangre brota tras el golpe rudo
de fuerte espada, de venganza brazo;
cadáveres doquier el suelo ocultan;
¡Oh!, entonces el enemigo desbandado
veloz escapa... Y las llanuras cruzan
fugitivos jinetes y caballos,
sueitas las riendas del terror en alas
vuelan hollando de batalla el campo...

Al grito de victoria nos volvimos,
nuestras hijas y esposas celebraron
tan grato triunfo con alegres bailes,
de dulce néctar repartiendo vasos
Mas, ¿el conde do está? Vese en la tienda,
los restos de su hijo contemplando;
una lágrima solo en sus mejillas
brilló. ¡Solo una lágrima ha bajado!

Guardemos en el pecho su memoria;
nuestro ilustre señor, de sus vasallos
ha sido el protector. Él fue el escudo
de la patria. ¡Y el trueno está sus manos!

La Suavia cuna ha sido
de hombres ilustres y grandes.

De más de un fuerte guerrero
vencedor en los combates,
de más de un ser distinguido
de la paz en los instantes.

Se aprecia ahora con mayor claridad la desconexión que hay entre el argumento de la balada alemana de Schiller y la leyenda francesa de Saintine, por más que el francés buscara acogerse, mediante el subterfugio de la cita, al aura del escritor alemán. Schiller se ciñe a episodios de la serie de *El conde Eberhard el Llorón* y se concentra en exaltar la muerte heroica del hijo y el duelo de su padre.

Saintine despachó a toda velocidad esas dos peripecias para abrir la nueva serie de *El salto de los amantes* y centrarse en la fantasía de una guerra ulterior, apócrifa y surgida de un conflicto de faldas, que no estamos seguros de si fue invención, o de si fue exageración suya a partir de otras fuentes. De lo que sí podemos estar seguros es de que muy poco tuvo que ver su relato con la balada de Schiller.

11. DEL CABALLO BAYARD A MARTÍN PELÁEZ, EL AHIJADO DEL CID

Las limitaciones de espacio nos obligan a poner punto final aquí a nuestro seguimiento del itinerario germano-franco-hispano (con alguna presumida extensión británica) del ciclo legendario de los condes de Wurtemberg y de Eberstein. Para estudios futuros queda la exploración de varios y muy relevantes cabos que por el momento habrán de quedar sueltos.

Ya quedó dicho que el tópico del salto sobre el abismo ha dejado sus ecos en miles de leyendas diseminadas por una topografía pluricultural gigantesca; y hemos subrayado la importancia de la leyenda adherida en un texto de Dumas (padre) acerca de la fiesta con que el emperador Otón quiso entretener a los condes de Eberstein mientras sus tropas tomaban a traición su castillo: un paralelo nunca hasta ahora considerado del ciclo de heroico castellano medieval relativo al enfrentamiento del prior de San Juan con el rey Alfonso XI.

Pero hay más episodios de nuestras leyendas que convendrá desentrañar en el futuro. Uno de ellos es el del pastor que se apareció inopinadamente para sacar a Eberhard del cerco de Wildbad (1367) y para conducirlo hasta un lugar seguro por difíciles caminos de montaña, lo que permitió que pudiese reorganizar sus fuerzas y vencer con ellas a sus enemigos. Es relato que, sin ir más lejos, muestra sugerentes puntos de contacto con la leyenda española de la batalla de Las Navas de Tolosa (1212) en la que jugó un papel relevante, según la tradición, un pastor (un “varón silvestre” le llamó alguna crónica, entre las muchas que hablaron de él y que le identificaron incluso con san Isidro) que condujo a las tropas cristianas de Alfonso VIII por arriscados caminos de la Sierra Morena, lo que permitió atacar y vencer a las huestes musulmanas.

El tópico del repudio de Eberhard del hijo que ha sido derrotado en una batalla, con el consiguiente debilitamiento de la unidad y de la fuerza familiar y la previsión de las desgracias que ello puede traer para todos se inscribe dentro de las generalidades del tópico de los conflictos entre padres e hijos (o entre reyes y súbditos) que se hallan

en el centro de un sinnúmero de relatos folclóricos y librescos; relatos que previenen contra las consecuencias nefastas que el pecado de la ira (que a veces se manifiesta como *ira regia*) y la dilación o la negación del perdón están abocados a provocar. No solo la familia, sino la comunidad entera (que, en el caso que nos ocupa, pierde al conde heredero), habrán de acusar fatalmente los efectos de esa ira²⁰.

El motivo de la insensibilidad de Eberhard cuando ve morir a su hijo Ulrich en la batalla de Döffingen y pide a sus tropas que no se detengan y que sigan batallando, porque, les grita, su hijo tiene el mismo valor que puede tener cualquier otro caído, recuerda la leyenda de Guzmán el Bueno y de otros padres épicos que siguieron adelante con sus programas bélicos, mientras proclamaban que sus hijos no eran mejores que ningún otro, a pesar de estar siendo testigos de sus caídas. El tópico de *La boda estorbada*, que no llega a cumplirse en el momento crítico porque aparece un tercer implicado que reclama o que se lleva a la mujer, tiene (desde la Odisea homérica) un recorrido literario y cultural gigantesco.

En conexión con la leyenda folclórica del salto a lomos de un caballo prodigioso está la intervención y el salto heroico y providencial del caballo Tador o Fador, que se sitúa en la órbita de las proezas y de los saltos sobre el abismo del fabuloso caballo Bayard, un personaje relevante de la épica vieja francesa y del folclore moderno no solo de Francia, sino también de otros países centroeuropeos²¹.

Pero puede que, de entre los motivos narrativos que han pasado ante nosotros, el que abre horizontes de exploración más sugerentes sea aquel que dejó más honda huella en la tradición de la leyenda del siglo XIX: el del corte en dos del mantel que cubría la mesa, en señal del repudio de Eberhard hacia el hijo que acababa de ser derrotado en una batalla. Hay un verso en el romance castellano de “Día era de los reyes” (o *Jimena pide justicia*), del que tenemos testimonios del siglo XVI –aunque su vida oral viniera de antes, seguramente– en que la joven Jimena Gómez se quejaba de que el joven Rodrigo –con quien después se reconciliaría y esposaría–, no satisfecho con ser el matador de su padre, le había amenazado a ella con que “me cortará mis haldas por vergonzoso lugar”²². El cortar el mantel en la leyenda alemana y el cortar las “haldas” en el romance español confirman o refuerzan, cuando son cotejados, su valor de metáforas de violencias orientadas a causar deshonor o vergüenza en sus víctimas.

Pero, sobre todo, el episodio de la separación en dos del mantel enlaza con un motivo que se hallaba insinuado en la epopeya francesa relativa al traidor Ganelón y que en la España medieval y renacentista cristalizó en no pocos textos. Sobre todo en los relativos a Martín Peláez, un legendario sobrino del Cid que, tras mostrar cobardía en un combate, fue obligado por su tío a comer en la misma mesa de él, y no en la mesa de los soldados que habían tenido un comportamiento valeroso en un

²⁰ Véase al respecto Pedrosa (2013).

²¹ Lejeune (1978: I, 323-333); Piron (1981); y Blanc (2013).

²² *Cancionero*, 1550: ff. 162r-162v.

lance bélico; con la humillación y la lección bien aprendidas, Martín Peláez mostraría un comportamiento absolutamente heroico en la ocasión siguiente, igual que haría el alemán Ulrich, aunque ello le costaría la muerte²³. La conexión, a partir de este hilo, entre el ciclo legendario de la casa de Wurtemberg y el ciclo legendario del linaje del Cid abre perspectivas de comparación intrincadas y prometedoras, que espero poder abordar en el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- Achard, Amédée (1858): “Voyages en Allemagne. La vallée de la Murg-La forêt Noire”, *Musée des familles: lectures du soir* 25: 332.
- Armistead, Samuel G., Joseph H. Silverman e Israel J. Katz (2006): *Folk Literature of the Sephardic Jews V Judeo-Spanish Ballads from Oral Tradition IV Carolingian Ballads* (3) *Gaiferos*, Newark, Delaware, Juan de la Cuesta.
- Beltran, Vicenç (2016): “Estudio”, en Jacobo Grimm, *Silva de romances viejos*, prólogo y notas de José J. Labrador Herraiz y Ralph A. Di Franco, Biografía de Jacobo Grimm por José Manuel Pedrosa, Estudio de Vicenç Beltran, Ciudad de México, Frente de Afirmación Hispanista: 33-64.
- Blanc, William (2013): “Bayard, le meilleur cheval du monde», *Histoire et Images médiévales*, 49, 37-41.
- Buchon, M. J.-A. (1832): “Traditions populaires du pays de Bade”, *Revue de Paris*, 45, 176-191.
- Cancionero de Romances en que estan recopilados la mayor parte delos Romances Castellanos que fasta agora sean compuesto, nueuamente corregido, emendado y añadido en muchas partes* (1550): En Envers, en casa de Martín Nucio [estudio de Paloma Díaz-Mas (2017): México, Frente de Afirmación Hispanista].
- Chauvin, Victor (13 de diciembre de 1860): reseña a Saintine, Xavier Boniface de (1861): *Le chemin des écoliers: promenade de Paris à Marly-le-Roi en suivant les bords du Rhin*, París, Hachette & Cie, *Revue de l’instruction publique*: 581-583.
- Demmin, M. Auguste (1864): *Souvenirs de voyage et causeries d’un collectionneur, ou Guide artistique pour l’Allemagne*, París, Vve. Jules Renouard.
- Dumas, Alexandre (1855): *Impressions de voyage. Excursions sur les bords du Rhin*, París, Tip. Dundoy-Dupre.
- Ehmer, Hermann (1991): *Der Gleißende Wolf von Wunnenstein. Herkunft, Karriere und Nachleben eines spätmittelalterlichen Adelligen*, Sigmaringen, Jan Thorbecke Verlag.
- Escobar, José (1989): “La literatura alemana en el Romanticismo español: la balada *Lenore* de G. A. Bürger”, *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de*

²³ Véase al respecto Hamilton (1919); Lacarra Ducay (2002: 365-382); y González Cañal (2013).

- Hispanistas*, 2 vols., Sebastian Neumeister (coord.), Fráncfort del Main, Vervuert: II, 41-48.
- García Wistädt, Ingrid (2003): "La presencia de E.T.A. Hoffmann en Gustavo Adolfo Bécquer: una fantasía romántica", *Estudios Filológicos Alemanes*, 6, 155-164.
- Giné, Marta, y Palacios, Concepción (2005): *Traducciones españolas de relatos fantásticos franceses, de Cazotte a Maupassant*, Barcelona, PPU.
- González Cañal, Rafael (2013): "Un éxito en los escenarios: El Cid Campeador de Antonio Enríquez Gómez", en *Teatro español de los Siglos de Oro: dramaturgos, textos, escenarios, fiestas*, José M.^a Díez Borque (dir.), Madrid, Visor: 77-98.
- González García-Carrascal, Manuel José (1999): "Ecos alemanes en el romanticismo español: atracción de Heine en los círculos becquerianos", *La lengua alemana y sus literaturas en el contexto europeo: siglos XIX y XX. Estudios dedicados a Feliciano Pérez Varas*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1999: 97-106.
- Hamilton, George L. (1919): "The descendants of Ganelon, and of others", *Romanic Review*, 10, 149-158.
- Juretschke, Hans (1978): "Du role médiateur de la France dans la propagation des doctrines littéraires, des méthodes historiques et de l'image de l'Allemagne en Espagne au cours du XIXe Siècle", en *Romantisme, Realisme, Naturalisme en Espagne et en Amérique Latine*, Lille, Presses Universitaires: 9-34.
- Juretschke, Hans (1982): "La presencia del ideario romántico alemán en la estructura y evolución teórica del romanticismo español", *Romanticismo I Atti del II Congresso sul romanticismo spagnolo e ispanoamericano: aspetti e problemi del teatro romántico*, Génova: Facoltà di Magistero dell'Università di Genova-Istituto di Lingue e Letterature Straniere-Centro di Studi sul Romanticismo Iberico, 1982: 11-24.
- Knox, Captain Charles (1841): "The Assault upon Eberstein", *Traditions of Western Germany*, 3 vols., I, *The Black Forest, the Neckar, the Odenwald, the Taunus, the Rhine, and the Moselle*, Londres, Saunders and Otley, Conduit Street: 28-47.
- Kopisch, August (1836): *Gedichte*, Berlín: Duncker und Humblot.
- Lacarra Ducay, María Jesús (2002): "La ejemplarización de la materia cidiana en Diego Rodríguez de Almela: el episodio de Martín Peláez", en *El Cid: de la materia épica a las crónicas caballerescas. Actas del Congreso Internacional «IX Centenario de la muerte del Cid» celebrado en la Universidad de Alcalá de Henares los días 19 y 20 de noviembre de 1999*, Carlos Alvar, Fernando Gómez Redondo y Georges Martin (eds.), Alcalá de Henares, Universidad: 365-382.
- Lejeune, Rita (1978): "Variations sur la fin épique du cheval Bayard", en *Mélanges d'études romanes du Moyen Âge et de la renaissance offerts à M. Jean Rychner*, André Gendre, Charles-Théodore Gossen y Georges Straka (eds), 2 vols., Estrasburgo, Centre de Philologie et de Littératures Romanes: I, 323-333.

- Menéndez Pidal, Ramón (1956): *Los godos y la epopeya española: "Chansons de geste" y baladas nórdicas*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Menéndez Pidal, Ramón (1973): *Romancero hispánico (hispano-portugués, americano y sefardí)*, 2 vols., Madrid, Espasa Calpe.
- Pedrosa, José Manuel (2013): "Crimen real, ira regia, exclusión del héroe justo: el Cid, Jasón, Aquiles, Hamlet, Cordelia", *Sonando van sus nuevas allent parte del mar: el Cantar de mio Cid y el mundo de la épica*, Alberto Montaner Frutos (coord.), Toulouse CNRS-Université de Toulouse-Le Mirail: 297-328.
- Piñero, Pedro M. y José Manuel Pedrosa (2017): *El romance del caballero al que la muerte aguardaba en Sevilla: historia, memoria y mito*, Ciudad de México, Frente de Afirmación Hispanista.
- Piron, Maurice (1981): "Le cheval Bayard, monture des Quatre Fils Aymon, et son origine dans la tradition manuscrite. Études sur Renaut de Montauban", *Romanica Gandensia*, 18, 153-170.
- Roas, David (2000): *La recepción de la literatura fantástica en la España del siglo XIX*, tesis doctoral, Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- Roas, David (2002): *Hoffmann en España*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Robert, Clemencia (1848): *El tribunal secreto*, trad. D. José Ignacio de Michelena, 2 vols., [Cádiz], Imprenta de Filomeno F. de Arjona.
- Rodríguez Gutiérrez, Borja (2004): *Historia del cuento español (1764-1850)*, Madrid-Fráncfort del Main, Iberoamericana-Vervuert, 2004.
- Saintine, Xavier Boniface de (1861): *Le chemin des écoliers: promenade de Paris à Marly-le-Roi en suivant les bords du Rhin*, París, Hachette & Cie.
- Sanmartín Bastida, Rebeca (2002): *Imágenes de la Edad Media: la mirada del realismo*, Madrid, CSIC, 2002.
- Schwab, Gustave(1938): *L'Allemagne romantique et pittoresque I La Souabe*, París, Heideloff. *Séance publique de la Société d'agriculture, commerce, sciences et arts du département de la Marne, tenue à Châlons, le 3 septembre 1936 (1837)*, Châlons, Boniez-Lambert, Imprimeur-Libraire: 143-155.
- Vitet, Louis (1858): "Peintres modernes de la France. Ary Scheffer", *Revue des Deux Mondes*, 2^e période, 17, 481-516.